

COLECCIÓN TESTIMONIALES

Earle Herrera



LA ESPADA SOBRE EL FUEGO

Los poetas invocan a Bolívar

COLECCIÓN TESTIMONIALES

La colección *Testimoniales* acoge huellas vigorosas del costado íntimo de la experiencia humana: el susurro solitario, la confesión, la noche compartida, la mirada en espejo, el pulso de los días, tal como asoman en diarios, cartas, cuadernos de notas, biografías, autobiografías y relatos de viajes.

LA ESPADA
SOBRE EL FUEGO
LOS POETAS INVOCAN A BOLÍVAR

Earle Herrera

LA ESPADA
SOBRE EL FUEGO
LOS POETAS INVOCAN A BOLÍVAR



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2015
2.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

La espada sobre fuego

© Earle Herrera

DISEÑO DE PORTADA
Javier Vélez

DIAGRAMACIÓN Y MONTAJE
David J. Arneaud G.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2020
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal N° DC2020001026
ISBN 978-980-01-2120-7

*Va, Asalia , por nuestros dos Simones:
Argimiro Simón
y Simón Ernesto.*

Bolívar tiene que hacer en América todavía.

JOSÉ MARTÍ

Usted siempre ha querido la paz y esta ha tenido
que escribirse con sangre y, desafortunadamente,
esculpida con la piel de los que han muerto.

MANUELITA SÁENZ

Tu espada ha de seguir,

Bolívar,

sobre el fuego!

CÉSAR RENGIFO

PRE-EXCUSA

Viajamos, como Humboldt, a las regiones equinocciales de la poesía. Fuimos más allá. Asumimos el reto de hurgar en las creaciones poéticas que tienen al Libertador Simón Bolívar como fuente de inspiración y motivación. Por arte del ensayo, pusimos a dialogar a poetas de distintas épocas, escuelas y corrientes. Nos inmiscuimos en ese diálogo y formamos parte de la conversación. Conocimos de la irreverencia y el desenfado, de la solemnidad y el respeto ante el Héroe. Alguna vez, la sonrisa distendió nuestros labios; otras, nos colocamos en estado de alerta, atraídos por los «umbrales del abismo», como se sintió el mismo prócer de América en su texto «Mi delirio sobre el Chimborazo». Si la poesía es un milagro, analizarla es casi una profanación. Nos arriesgamos.

Escogimos para emprender este libro el libérrimo género del ensayo. Esto por sí solo nos bastaría para eximirnos de una lluvia de *op. cit.*, *ibidid*, *idem* y otras señales de alerta en el tránsito tortuoso de cualquier investigación, indizada o no. Vendría también en nuestra ayuda la complicidad de Ortega y Gasset, para quien «el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita». Sin embargo, mal que le pese al filósofo español, daremos algunas pistas. También nos amparamos en Georg Lukács y su símil del ensayo con un juicio, en el que lo que interesa es el proceso y no la sentencia.

En esta escritura nos sirvió como base el libro del crítico literario y escritor Jaime Tello, titulado *Los poetas a Bolívar*. De manera que al final daremos los datos bibliográficos de esta antología y seguidamente, la lista de los poetas incluidos en la misma, con el correspondiente número de la página en que aparecen. Otros autores y libros citados en el ensayo y que no forman parte de la antología de Tello, los identificaremos en las referencias respectivas y en la bibliografía final.

No colocaremos a pie de página ni en ninguna parte la ficha bibliográfica de los pensamientos de escritores y próceres que son de conocimiento universal. Y que Montaigne y Ortega y Gasset nos guíen e iluminen por el soberano ámbito del ensayo.

MÁS ACÁ DEL CHIMBORAZO

En calma no se puede hablar
de aquel que no vivió jamás en ella:
¿de Bolívar se puede hablar
con una montaña por tribuna, o entre relámpagos
y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la
tiranía descabezada a los pies...!

JOSÉ MARTÍ

¿Qué esperan los poetas que esperan a Bolívar? ¿Por qué lo esperan? ¿Para qué? Tal vez la respuesta a estas angustias esté resumida en la frase de José Martí, poeta y Apóstol de Cuba: «¡(...) Bolívar tiene que hacer en América todavía!».

Tiene que hacer todavía. Martí nos da una respuesta abierta. Sobre ella llueven todas las interpretaciones. Desde antes de su muerte, en la Quinta de San Pedro Alejandrino, poetas de todas las latitudes y escuelas le han cantado al héroe. Algunos con portentosa poesía, otros con encomiable esfuerzo y unos terceros con impune cursilería, que de todo hay en la lírica villa del Señor. Debe ser uno piadoso con estos últimos: la frivolidad es tal vez el riesgo menor cuando se escribe sobre hombres de la dimensión histórica del Libertador. El «Yo los perdono» de su última proclama debe incluir a estos vates arrebatados e inocentes. Ni siquiera se les puede acusar de poesidio culposo. También en el campo de las letras se ha de presumir la buena fe.

A Simón Bolívar lo esperan multitudes, no solo los poetas. Pero en este ensayo nos dedicaremos a los últimos, por una curiosidad intelectual y —¡ojo!— política, que nos acicatea cada vez que leemos un nuevo poema dedicado al insigne caraqueño.

El mismo Bolívar fue riguroso, literariamente hablando, con uno de sus mayores apologistas, el poeta José Joaquín Olmedo, quien le dedicara su célebre «Canto a Junín». Aquí, sin embargo, solo queremos encontrar respuesta política e histórica a esa constante de nuestra poesía que nos habla de un regreso del Libertador, de una espera y, en no pocos casos, de un Bolívar no muerto, de su presencia viva entre nosotros.

El poema se vuelve entonces anunciación y epifanía, invocación y convocatoria, prédica y buenas nuevas. Más allá, las paredes se suman, el panfleto rejuvenece y la consigna se carga de historia. Los jóvenes venezolanos de las décadas de los 70 y 80, ante el asesinato de muchos de sus camaradas en las luchas de calles, hicieron estallar sus gritos en el concreto de los paredones, puentes y autopistas: «¡Bolívar, despierta, matan a tus hijos!».

No se trataba de una consigna vacía ni eslogan del momento. Era cierto, los estaban matando desde una presumida legitimidad llamada «democracia representativa». Eran los tiempos en Venezuela de la Cuarta República, del bipartidismo, del pacto de Punto Fijo. ¿Despertó Bolívar? ¿Escuchó el desesperado grito juvenil? La historia contemporánea tiene sus respuestas. Lean en el púrpura de sus dolidas páginas.

Pero los jóvenes del grito y el estallido no esperaban a Simón Bolívar. Para ellos, el Libertador siempre ha estado allí, solo que dormido, situación rara en un hombre que en vida casi no dormía, ni en aquellos fragorosos tiempos de la Guerra de Independencia, ni en los días de paz. ¿Tuvo Bolívar algún día de paz? Después de la guerra, vino la política, la más implacable de todas, la partidista, la de la intriga y la puñalada traquera. Lo dijo un agonizante Libertador en su última proclama:

Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Digámoslo invirtiendo la frase de Clausewitz: La política es la continuación de la guerra por otros medios.

Bolívar no tuvo tiempos de paz en vida y no la ha tenido después de muerto. El mármol, el bronce, la Academia de la Historia, repetitivos profesores ignaros (el Libertador los acusó de «declamación perpetua») y uno que otro poeta se han encargado de que no la tenga.

En la copiosa bibliografía sobre el Libertador, encontramos a poetas que comparten la tesis del Bolívar presente, en un sueño activo y ligero; del guerrero que cuando duerme en el suelo, «pega en la tierra el oído» y, por eso, «nunca lo matan dormido», para decirlo

con los versos de «Florentino y el Diablo», de Alberto Arvelo Torrealba. De allí la recurrencia del llamado, no a que vuelva, sino a que despierte. Solo que desde la voz de Pablo Neruda, el héroe advierte: «Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo».

Unos le piden que regrese, otros que despierte. Ese gigante de la poesía latinoamericana que es Vicente Huidobro, lo siente que está allí, pero prisionero de las fuerzas que se empeñan en detener la marcha de la historia y de los pueblos. Lo apremia desde su poesía: «Pronto, Simón, desata tus amarras de las sombras, desenvaina tu espada color lluvia bienhechora y toma tu sitio en nuestras filas».

Vamos a dialogar con todos estos poetas y otros menos conocidos. El ensayo literario es eso: un diálogo entre el autor, sus personajes y los lectores. Este género fundado por Montaigne, en la reflexión de Mariano Picón Salas —ensayista excelso si los hay— tiende un puente entre la poesía y las ciencias:

La función del ensayista cuando lo es como Carlyle, Emerson, Santayana, Unamuno parece conciliar la poesía y la filosofía, tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos, previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere ayudarle a buscar el agujero de salida¹.

Y es eso lo que pretendemos hacer: mirar a Simón Bolívar desde los poetas, pero en diálogo permanente con la historia y la política, incluso, con las paredes que estallan en consignas.

El ensayo, como género, no es conclusivo. Ya lo dijo Lukács, en esta categoría literaria lo que importa es el juicio y no la sentencia. «El ensayo precisó el gran escritor húngaro es un juicio, pero lo esencial en él, lo que decide su valor, no es la sentencia (como en el sistema), sino el proceso mismo de juzgar»².

Con el título de este libro, *La espada sobre el fuego*, tributamos merecido homenaje a un bolivariano íntegro e integral en palabras, pensa-

¹ Mariano Picón Salas, *Suma de Venezuela*, Editorial Doña Bárbara, Caracas, 1966, p. 8.

² Georg Lukács, *El alma y las formas (y) La Teoría de la novela*, Ediciones Grijalbo S. A., Barcelona, 1976, p. 38.

mientos y obra: César Rengifo, pintor, poeta y dramaturgo venezolano, quien en su cantata teatral *Esa espiga sembrada en Carabobo*, por voz de José Gabriel Condorcanqui, nada menos que Túpac Amaru II, dice al Libertador:

¡Tu imagen, tu palabra, tu corazón
Han de estar sobre América despiertos
Para siempre!
¡Mientras en ella quede un blanco con cadenas,
Un indio con espinas, un negro maniatado,
Un pobre de hambre yerto,
Tu espada ha de seguir,
Bolívar,
Sobre el fuego!³

Túpac Amaru le habla a Simón Bolívar en plena Batalla de Carabobo, a pesar de que: «¡Tú nacías Bolívar el año de mi muerte!»⁴. Milagro del teatro, magia de la poesía porque el guerrero Inca, en el cantar de Vicente Huidobro, forma parte de ese «ejército de esqueletos heroicos» que siguen al Libertador de cinco naciones. Nuestro tributo a César Rengifo.

La sobrepoblación de vates que cantan al Libertador, nos rele-va de explicar cualquier exclusión. El ensayo camina con sus gustos.

³ César Rengifo, *Esa espiga sembrada en Carabobo*, Fondo Editorial Fundarte. Colección Biblioteca César Rengifo, N.º 8, Caracas, 2012.

⁴ *Ibíd.*, p. 21.

VICENTE HUIDOBRO: EL ALBA DESCORRIDA

Es en el desastre en donde siento
el incendio de tus venas.

V. H.

Empecemos por el último de los nombrados, quien no fue otro que Vicente Huidobro. Con él iniciamos el diálogo. Esta decisión revela que no estamos citando a los escritores por algún orden, sea de edad, importancia, calidad o cualquiera otra categoría clasificatoria. Todos tienen la palabra y la palabra es con ellos, como el Señor es contigo, paciente lector, arriesgado en estas páginas.

Vicente Huidobro es un poeta de imágenes oscuramente bellas y, a la vez, deslumbrantes. A los admiradores de sus letras les sorprenderá que el autor de «Absalón», ese profundo y enigmático poema, escriba sobre un personaje histórico y, lo que es más, haga una poesía militante, que lo mete de lleno en la llamada literatura comprometida. No toman en cuenta u olvidan que la figura del Libertador conmovió y conmueve la sensibilidad de poetas de todas las escuelas y tendencias.

Vicente Huidobro no está entre los escritores que esperan, como a un anunciado Mesías, el regreso de Simón Bolívar. Está obligado a retomar. En su poema no lo invoca, lo convoca. Debe tomar su puesto en la batalla. Luego, esta guerra no ha terminado. La independencia del yugo del imperio español fue la primera parte. Le tocó conducirla a Bolívar y lo realizó magistralmente. América se hizo independiente pero no liberada. Vendrían otros imperios y, a diferencia de España, la subyugarían con nacionales de los países subyugados. La oligarquía todavía bate los tambores de su victoria. Otros combates nos esperan. El poeta se dirige, apremia al personaje histórico, lo tutea, lo interpela. Lo coloca frente a su propia gloria, insufla espiritualidad a las estatuas, les da vida y hace que el mármol y el bronce interroguen a quien representan:

Ahora te preguntan tus estatuas: ¿Cumpliste con la ley prevista en tu día histórico?

Y tú crees que sí. Y tal vez la razón sea contigo. Simón, hay tinieblas sobre el mundo. Aún reina la noche en tus Américas. Hoy los hombres estamos empeñados en libertar al hombre de una esclavitud igual, si no mayor a la que tú rompiste. Estamos batallando por una libertad más alta que la tuya.

¿Sustituyen los poetas a los historiadores? En absoluto, pero hurtan en la historia y nos la cuentan desde su perspectiva, desde su visión del pasado, el presente y el futuro. Es una historia sin ibidid, sin revistas indizadas, sin *op. cit.* y sin *conditio sine qua nom.* Ciertamente, se escribe desde una sensibilidad y, por eso mismo, la suya es una historia viva, palpitante, si se quiere, cruda.

La América que surge de las guerras de Independencia cae en otras dependencias. Las oligarquías y el capital extranjero ocupan el lugar que otrora tuvieron el imperio español, Portugal o Francia. Los pueblos ancestrales pasan de una a otra esclavitud, allí, donde no fueron barridos de la faz de la tierra. Mejor suerte no corren los criollos, mestizos, zambos, pardos o negros. El poeta está gritando una realidad abrumadora.

América fue conquistada con la cruz y la espada. Los sucesores de la corona española lo hacen con la explotación de sus materias primas y la deuda externa, mil veces pagada y mil veces repetida por el acreedor. A la cruz y la espada la sustituyen el dólar y el garrote. Tanta injusticia clama por una segunda Independencia. Unos poetas invocan a Bolívar, otros lo anuncian. Las paredes lo llaman. Los historiadores de la oligarquía se burlan de esos pueblos que no han salido de la edad infantil y necesitan un Padre o un Mesías. Se equivocan. Les sería saludable entender la metáfora.

El poema «Alegoría de Bolívar», de Vicente Huidobro, está dividido en cuatro partes, suficientes para entregar un gran fresco de la América de hoy, la de ayer y la de mañana. La parte I nos presenta al Bolívar joven, soñador, con ansias de libertad, sacudido por tempestades interiores. Un joven con «un fulgor tremendo» en los ojos y un corazón que «se dilataba de un modo pavoroso»; un corazón que «tomaba la forma de un continente».

Las imágenes de Huidobro lo libran del panfleto o de la apología. Los adjetivos están donde deben estar y brillan por su ausencia donde no son poéticamente necesarios. En su «Ars Poética», el autor

nos había revelado los secretos de su creación. «El adjetivo, cuando no da vida, mata», era su divisa y su lección. Por eso dijo a sus colegas que no le cantaran a la rosa, sino que la hicieran florecer en el poema. Tal como dijera Gertrude Stein «una rosa es una rosa es una rosa», para quien quiera entenderlo.

La parte II es un canto al Bolívar Libertador, a «la alegría de libertar del Libertador. Alegría de crear del creador. Alegría de soñar del soñador». El tono alegórico sigue presente: «Tu nombre ha atravesado toda América en un áspero galope. / Los tejados de mil pueblos ven pasar tu caballo como una noche por la noche. / Y ven allá lejos tu mano descorrer el alba». Nos vamos a detener aquí. Resulta imposible al leer el último verso no sobrecogerse y colocarse en la América Latina de hoy, en busca de su propio destino y con gobiernos progresistas en varios de sus países. La alegoría parece cumplirse. Los pueblos del continente, en el poema de Huidobro, ven la mano del Libertador «descorrer el alba». Precisamente, ALBA es el nombre de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América, organización fundada por los presidentes de Cuba, para entonces Fidel Castro, y de Venezuela, Hugo Chávez. A la misma se han adherido varios países del Sur y Centroamérica. El ALBA surge como respuesta al ALCA (Alianza de Libre Comercio), impulsada por el gobierno de George Bush (h) para romper la unidad latinoamericana. Los convenios comerciales serían individualizados con cada país del continente y los Estados Unidos. No es objeto de este ensayo analizar en detalle cada una de esas organizaciones. Baste con decir que el ALCA como proyecto fracasó, mientras al ALBA piden su ingreso cada vez más países pobres y humillados de la América Latina. La alegoría de Huidobro resultó profética.

Tiene también esta parte del poema un aire liberador de la conciencia de los pueblos. «Era preciso que el esclavo levantara su frente. Y contemplara al mundo como un enfermo que sale a la orilla del mar». Si el esclavo no levanta su frente, no rompe las cadenas interiores, no hay liberación posible y los héroes no serán más que jinetes solitarios.

Los críticos literarios a quienes no les gusta que se mezcle su oficio con la política deben entonces renunciar a la lectura de Huidobro, Neruda, Vallejo, Asturias y se hace interminable la lista. América les duele mucho a nuestros poetas. Y precisamente esa

«América dormida, envuelta en olas que hacen crujir los huesos», en el verso de Huidobro, es el centro de la parte III de su «Alegoría de Bolívar». En imágenes como relámpagos el poeta dibuja nuestro continente en todo su esplendor real-maravilloso. América es «la bella nadadora entre dos océanos suntuosos», con «sus espaldas tan adornadas como el cielo». Sus «árboles son llamas de entusiasmo», con «Bolívar a caballo saludado por dos mil volcanes». Y los ríos de América, «los ríos son arterias de sangre valerosa y pulsos de agonía». Los líderes visionarios y los poetas tienen la facultad de tomarles el pulso a los pueblos.

América está allí dibujada, esculpida, metaforizada. Es el continente de lo real-maravilloso, en el decir y escribir de otro gigante de nuestra literatura, Alejo Carpentier.

En su breve y esplendente novela *El reino de este mundo*, antes de entrar en materia, como se dice, Carpentier escribe un prólogo en el que adelanta su tesis de lo real-maravilloso americano. La magia, lo barroco, lo sobrenatural, lo sorprendente están en la realidad del continente, no hay que inventarle nada. El autor enfrenta al surrealismo y a sus imitadores en la América Latina, a los copiadores de fórmulas, a los que se terminan burocratizando, literariamente hablando. Estos planteamientos tuvimos la oportunidad de conversarlos con el propio Alejo Carpentier, en un seminario que sobre su obra fundara en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela el profesor Alexis Márquez Rodríguez, especialista en la obra del autor de *Los pasos perdidos* y uno de sus estudiosos más destacados. Carpentier nos aclaró que su prólogo no era contra el surrealismo, sino contra la legión de escritores que no hacían más que copiar a los fundadores de ese gran movimiento artístico. Porque el surrealismo fue una escuela, una corriente artística, pero también un movimiento, con manifiesto y todo. Y con un líder, un pope, llamado André Bretón. Un movimiento en movimiento perenne, como la revolución en la revolución o la revolución permanente, ese «rayo que no cesa» de Miguel Hernández.

Esa América de lo real-maravilloso nos la devuelve en imágenes Vicente Huidobro, pero el autor escribe del continente de los tiempos de Simón Bolívar, tiempos terribles, tiempos de guerra encarnizada, cuando «América resuena de marchas militares y de cantos fúnebres». También es desgarradora la imagen que, por sí sola,

nos entrega de la historia y la realidad del siglo XIX americano, en una línea, en un verso. Virtud de los grandes poetas.

A esa realidad, ya no metáfora, de «marchas militares y de cantos fúnebres», agrega la imagen de los ríos que son «arterias de sangre valerosa y pulsos de agonía». ¿Cómo leer este verso sin recordar un libro cardinal de nuestra literatura: *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, novelista y ensayista de primera línea? Así, por sobre la distancia y el tiempo, dialogan nuestros escritores. Las «arterias de sangre valerosa» son «las venas abiertas de América Latina».

Luego, el poeta vuelve a la figura excelsa del Libertador: «El huracán Bolívar no reposa», como para el premio nobel Miguel Ángel Asturias es «la lucha que no acaba» y para el poeta y narrador Antonio Arráiz es «el correr que nunca parará». No solo a Huidobro lo impacta el temple y la constancia de Bolívar, sean tiempos de paz o de guerra. Recurre a algo no muy frecuente en la poesía: la cita textual de libros o personajes. En medio del poema incluye la frase bolivariana frente al devastador terremoto de 1812: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que obedezca (*sic*)». No es apología, es admiración.

¡Oh, Admirado, he aquí otra admiración:
 Tu frente de mármol en medio del infortunio!
 Y tu tenacidad, tu tenacidad inalterable.
 Tu tenacidad inagotable.
 Tu tenacidad de océano llamando al infinito.
 Es en el desastre en donde siento el incendio de tus venas.

Simón Bolívar, como él mismo se definió, es el hombre de las dificultades. Con esta frase como título escribió un brillante ensayo el antropólogo venezolano Miguel Acosta Saignes, por el que recibió el Premio Casa de las Américas, de Cuba. Es en esas condiciones, en medio del desastre, cuando se crece la figura del Libertador, característica del personaje que despierta la admiración, una vez más, del poeta.

Para Huidobro, la noche sigue reinando en América y por eso «la libertad total a que aspiramos busca en esta tierra un nuevo y gran Libertador». No lo espera, lo busca. Esa búsqueda se expresa en la lucha permanente de los pueblos. El poeta, en la parte IV de su «Alegoría», apremia, insta a Bolívar, llamándolo por su nombre:

Pronto, Simón, desata tus amarras de las sombras, desen-
vaina tu espada color lluvia bienhechora y toma tu sitio en
nuestras filas.

Ahí está tu caballo de ijares impacientes, vibrando como
un gran violín de marselesas y cantos resucitados. Ahí está
esperando tu caballo.

¿Cuáles son las amarras que atan a Bolívar? ¿La muerte, lo so-
brenatural? No, es la conciencia sometida de los pueblos, la América
dormida, el esclavo que aún no levanta su frente. Pero el caballo está
allí, esperando. «Y detrás millones de jinetes como olas efervescentes».

El poema alcanza su punto más elevado en la emoción del
poeta. ¡Sí, Huidobro también se emocional, mal que les pese a los
del grado cero de la escritura y a los del sindicato estructuralista. El
poeta no espera el regreso del Libertador, anuncia su llegada, como
en los evangelios. Pero a diferencia de los evangelios, este anuncio
no es mesiánico; está sustentado en los movimientos y combates
de los pueblos, en su historia, en la dialéctica de las luchas sociales.
Escribe, no predica, Vicente Huidobro: «Pronto nuestras montañas
saludarán al alba que se acerca con un rumor de pasos milenarios
que vienen desde el fondo de la historia en una interminable proce-
sión de esqueletos heroicos».

«Esqueletos heroicos». La historia se hace metáfora y vicever-
sa. Nuestros muertos no cayeron en vano. Simón Bolívar no aró en
el mar y, de haberlo hecho, el mar fertilizó por el genio del Liberta-
dor. La procesión de esqueletos heroicos es interminable, América
sigue reclamando sacrificios. Es el «rumor de pasos milenarios que
vienen desde el fondo de la historia». Los imperialismos, la explo-
tación de hombres, mujeres y niños, las desigualdades, las discrimi-
naciones de todo tipo, siguen sembrando esqueletos heroicos pero
el rumor de pasos milenarios no es solo un rumor. Los pasos son
reales, y actuantes. La lucha de los pueblos. La alegoría de Vicente
Huidobro ya no es alegoría. Se hace realidad en los campos, las fábricas,
las universidades, los liceos, las calles. Bolívar escuchó al poeta.

PABLO NERUDA: ROJA SERÁ LA ROSA

Otra vez entre pólvora y humo
tu espada está naciendo.

NERUDA

Si Juana de Ibarbourou reclamó a Rubén Darío no haberle escrito un himno a Simón Bolívar, algunos críticos han señalado a Pablo Neruda no haber incluido, en su monumental *Canto General* —su obra maestra— al Libertador de cinco naciones. Ya en su tiempo, muchos criticaron esta ausencia. El premio nobel chileno aclaró, o mejor, explicó, que a Bolívar había que sacarlo de la galería de los héroes americanos y escribir un poema aparte, para él solo. Y así lo hizo, bajo el título: «Un Canto para Bolívar».

Se trata de un bello y hondo poema con tono de oración e invocación. ¿Por qué recurre Neruda, militante del Partido Comunista de Chile, a la paráfrasis o parodia del «Padre Nuestro», el rezo de los católicos? Por la dimensión inconmensurable del héroe, nos aventuramos a asomar. La oración ecuménica salva de muchos riesgos: la consigna, el panfleto y el más peligroso de todos, la cursilería. Ninguno de esos acechos debería mortificar a una pluma como la de Neruda, y de hecho debió ser así, pero la forma es ya un homenaje al personaje histórico: su estatura de Dios del Olimpo, sin deificación posible porque Neruda era ateo.

Ateo, «gracias a Dios», que hacía milagros con la palabra. Rezar a Bolívar es colocarlo a la altura de otros dos majaderos, como el mismo Libertador se definió: Jesucristo y el Quijote, personajes que se propusieron salvar a la humanidad. Recordamos la frase del Libertador: «Jesucristo, Don Quijote y yo, hemos sido los tres grandes majaderos de la historia». Solo que Bolívar ni fue santo, hijo de Dios, ni como Don Quijote, estaba loco, aunque se tratara de un loco luminoso. El insigne caraqueño, hombre de carne y hueso, no fue engendrado por el Espíritu Santo ni nació de la desbordante imaginación de un genio llamado Miguel de Cervantes. Tampoco padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, sino de Pilatos peores, las oligarquías de los países libertados por su

espada; oligarcas que no se lavan las manos y que apostaron a la traición y al crimen.

Fue un general, un guerrero, un político y un visionario, pero por su obra se hizo inmortal y eterno, más allá del mármol y el bronce. Alguna vez alucinó como Don Quijote en «Mi Delirio sobre el Chimborazo». Los dioses no alucinan, por lo que su delirio lo hace más terreno, más humano. Alguna vez se sintió desamparado y solo, como Jesús en la cruz. También le dieron vinagre cuando pidió agua, como en la decisión de la oligarquía venezolana que, al enterarse de su muerte, lo despojó de todos sus títulos y honores y ordenó quemarlos en la plaza de armas. Es saludable, para leer a Neruda, recordar los puntos de aquella ley que fue el vinagre en la garganta reseca del héroe:

Considerando:

Que en el año 1813 fue proclamado Simón Bolívar Libertador de Venezuela (...)

1. Que por ley del 17 de diciembre de 1819 se dispuso que la capital de la República llevaría su nombre.
2. Que el 20 de junio de 1821 se decretaron honores de triunfo con motivo de la batalla de Carabobo.
3. Que el 11 de febrero de 1825 se decretaron también honores de triunfo, con motivo de la campaña de Perú.
4. Que por acuerdo del 1.º de marzo 1825 de la municipalidad de esta ciudad se determinó la erección de una estatua ecuestre que representase a Bolívar.
5. Que por decreto del 9 de mayo de 1830 se le declaró el primero y mejor ciudadano de Colombia.

Y considerando:

Que estos timbres de distinciones solo los conceden los pueblos libres a las eminentes virtudes públicas (siguen ocho considerando)

Decretan:

Artículo 1. Los títulos de honor y gloria que los cuerpos representativos de Venezuela consagraron a Simón Bolívar serán todos recogidos por el Poder Ejecutivo.

Artículo 2. El mismo, con acuerdo de su Consejo de Gobierno, señalará, por un decreto particular, un día en que en me-

dio de la plaza de armas se quemaron todos los monumentos de gloria concedidos a un hijo espurio que pretendió clavar el puñal parricida en el corazón de una madre amorosa.

Artículo 3. Se tendrá por aciago en la República el 17 de diciembre de 1830 en que murió naturalmente Bolívar, cuando debió morir de una manera ejemplar¹.

Además de ser el hombre de las dificultades, también lo fue de las ingratitudes y traiciones. Ni Dios ni semidiós. Por eso subió a los cielos de América y el mundo, ese cielo que vemos, y a su diestra está sentado Pablo Neruda. Allí escribe «Un canto para Bolívar», porque lo sabe conductor de hombres, mujeres, niños y pueblos.

La poesía de Neruda parece emerger del fondo de la tierra y bajar de lo alto de los cielos, sin tercer día. Su verbo torrencial y delicado puede lacerar o acariciar. Cada uno de sus poemas es un milagro consumado. Escribir a Bolívar, desde la reverencia del «Padre Nuestro», es sencillamente el diálogo de un gran poeta con un gran hombre.

«Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire / De toda nuestra extensa latitud silenciosa». El «Padre Nuestro» nerudiano no está en los cielos, sino «en la tierra, en el agua en el aire»; El Libertador es un padre cercano, está en los pueblos. Sin ser Dios, no se toma el nombre de Bolívar en vano, su nombre omnipresente:

Todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
 tu apellido la caña levanta a la dulzura,
 el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
 el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
 la patata, el salitre, las sombras especiales,
 las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
 todo lo nuestro viene de tu vida apagada.

Pablo Neruda, cuando para el lector incauto parece deificar al héroe con su Padre Nuestro, nos entrega a un Bolívar que anda entre nosotros, por todas partes, homenajeado en la caña, el estaño, los pájaros (el aire), los volcanes, la patata, el salitre, es decir, entre

¹ Raúl Valdés Vivó, *Las dos vidas de Bolívar*, Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2008, tomo II, Caracas, pp. 423-424.

los campesinos, los mineros, los pescadores; entre los nuestros, en nuestra morada, en el pan nuestro de cada día.

Bolívar murió naturalmente, para la ira secular de la oligarquía venezolana que reclamaba debía morir de otra manera: fusilado, por ejemplo. O en la horca. O asesinado a traición, como lo intentó varias veces en vano. Esa oligarquía siguió odiando al cadáver del héroe y por eso ordenó quemar todos sus títulos y condecoraciones, una forma de que el muerto volviera a morir para estar más segura. Y todo porque «tu pequeño cadáver de capitán valiente / ha extendido en lo inmenso su metálica forma».

Los versos de Neruda cobran plena vigencia cuando el poeta Andrés Eloy Blanco reclama una investigación científica de los restos del Libertador y, años después, un presidente venezolano, Hugo Chávez, ordena que se haga lo que pidió el vate cumánés. Al concretarse la investigación, se abren heridas que supuran odio desde hace casi dos siglos. «Necrófilo» fue lo más sutil que le espetaron a Chávez desde los grandes medios de una burguesía sin encanto y sin discreción.

Lo malo, para ellos, es que Bolívar aparece por todas partes: «de pronto salen dedos tuyos entre la nieve / Y el austral pescador saca a la luz de pronto / Tu sonrisa, tu voz, palpitando en las redes».

Esa ubicuidad del héroe muerto, si es que los héroes mueren, su voz, su sonrisa en las redes de un pescador, les resulta desesperante. Lo intentan matar de nuevo en ciertos libros de historia de historiadores eunucos, en los periódicos que hacen burla de sus homenajes, en el partido clerical del que habló el mismo Bolívar, en la acción de los que dan un golpe de Estado y su primer acto de gobierno es arrancar el retrato del Libertador de las paredes del salón presidencial y lanzarlo por allí, todo en un frenesí disparatado de odio enajenante. Imperturbable, «el pequeño cadáver de capitán valiente sigue su marcha al frente de los «esqueletos heroicos» que conmovieron la pluma de Vicente Huidobro.

Pablo Neruda, quién lo duda, está entre los grandes poetas de lengua española, pero Neruda es también un militante comunista. No podemos olvidar este dato —¿dato?— haciéndonos los semiólogos o miembros del gremio de los lingüistas estructuralistas y afines, a los que ya oímos exigiendo que nos concretemos al texto. Para ellos, todo está en el texto puro, sin contexto, incontaminado, o me-

jor, inmaculado. Muy bien, en el texto escribe el poeta de las alturas de Machu Pichu: «¿De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos? / Roja será la rosa que recuerde tu paso».

Por supuesto que los militantes de la rosa roja saben a quienes me refiero, no olvidarán su paso. Los obreros a los que cantó y a cuyo lado militó, los agricultores de la América profunda, los todavía explotados mineros de su patria. Neruda ejerció funciones diplomáticas durante el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende; fue un férreo defensor de la República durante la guerra civil española, esa que colocó un cáliz en la frente de César Vallejo y varias balas de fusilería en la frágil humanidad de Federico García Lorca. ¡Cómo nos piden ahora que no miremos más allá del texto puro! ¡Cómo nos piden ahora —exclamaría Gabriel García Márquez— que seamos hombres de buena voluntad!

¿Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
 Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
 ¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
 Es roja la semilla de tu corazón vivo

La parte más militante del poema es la más conmovedora. El genio de Neruda sabe decir y escribir las cosas sin caer en la consigna o el panfleto. Versátil, polifacético, la fuerza telúrica de su poesía puede cantar a la cebolla y al mismo tiempo a los mineros del cobre. Puede brindarnos, con una bandera roja como bufanda, *20 poemas de amor y una canción desesperada*. En el poema que leemos, las preguntas son fatalistas, definitivas, pero las respuestas son de optimismo. Las manos no tocan la ceniza, nacen de ella. A la interrogante desde el corazón muerto, responde: «es roja la semilla de tu corazón vivo». «¡Bolívar vive!», exclamarían los muchachos del 23, de los liceos y las universidades.

El Bolívar de Neruda anda por allí, no ha despertado pero está siempre cerca del pueblo, de los países que libertó, de los que lo necesitan y lo invocan.

Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
 Junto a mi mano hay otra, y otra junto a ella,
 otra más, hasta el fondo del Continente oscuro.

Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar la tuya.
De Teruel, de Madrid, de Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España,
llega esta mano roja que es hija de tu mano.

Son multitudes que buscan estrechar la mano del héroe, más allá del continente americano, en la España desangrada que debía cuidarse de su propia España, en el cantar y sentir de César Vallejo. La mano roja es la mano de los pueblos, ya no importa de qué continente. Dondequiera que los pueblos combatan por la libertad, allí está el Bolívar de Pablo Neruda.

Capitán, combatiente, donde una boca grita
libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra nueva tierra.
Bolívar, Capitán, se divisa tu rostro.

El verso «donde un oído escucha» nos recuerda la frase del Ernesto «Che» Guevara en la que exclamaba: «donde quiera que haya un oído receptivo». No se engañen. Se trata del internacionalismo proletario. Lo demás son fintas y esguinces. El soldado rojo que rompe una frente parda alude, otra vez, a la guerra civil española, una dolorosa etapa histórica que marcaría para siempre a Pablo Neruda y a sus compañeros de generación. Es la España a la que Vallejo increpa: «aparta de mí este cáliz».

Para el autor de *Residencia en la tierra*, en cualquier lugar del planeta donde se luche por la liberación y la libertad, allí está Bolívar. «Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo». Sería bueno estudiar en otra parte el momento en que una poesía de dimensiones épicas entronca con las consignas callejeras, para mayor escándalo de escritores exquisitos y lectores puristas que se creen autorizados a lanzar la primera piedra. Esa espada que Neruda ve nacer entre pólvora y humo es la misma que vocean por todas partes los jóvenes y adultos que luchan por la justicia: «¡Alerta, alerta, alerta que camina / la espada de Bolívar por América Latina!». Que nadie

se sonroje en las peñas estructuralistas. Neruda habla al Libertador de su bandera «bordada con sangre», de «pueblos oprimidos y heridos», del hijo del hombre «clavado en otra cruz», de «ciudades incendiadas», de «campanas sangrientas», de «la noche de América», pero también del ejército rojo —escribí rojo— de Bolívar y de la esperanza sembrada por el héroe porque «de nuestra joven sangre venida de tu sangre / saldrá paz, pan y trigo, para el mundo que haremos».

Pablo Neruda abrevó en las aguas del marxismo-leninismo. La larga lucha de los pueblos las ve al trasluz de las leyes del materialismo histórico. Por eso Bolívar está presente en cada lucha de los oprimidos. No espera al Libertador. Sabe cuándo se hará presente. Y sabe también que el despertar revolucionario no es cosa de un día para otro, sino de un largo proceso de toma de conciencia hasta que se decida, porque es la hora precisa por aquello de las condiciones, tomar el cielo por asalto. Cuando esto ocurre, Simón Bolívar está allí, despierto.

Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
 en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
 Padre, le dije, ¿eres, o no eres, o quién eres?
 Y mirando el Cuartel de la Montaña dijo:
 Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo.

Otra vez España, la guerra civil, pero también la revelación. Es en esos momentos cuando aparece el Libertador. Los pueblos pueden pasar largos períodos de sometimiento y explotación, pero siempre terminan por levantarse contra sus opresores. El pueblo ha despertado y, con él, despierta también Bolívar.

«Un Canto para Bolívar» es un poema hondo, sentido, histórico (tanto el poema como lo que narra y evoca), sobrecogido por el tono y la atmósfera del *Canto General*, esa obra maestra de la sensibilidad nerudiana que recorre a América desde los tiempos de los conquistadores y los derribados caciques indígenas, hasta los tiranos y dictadores del siglo xx y la lucha de los pueblos contra los mismos.

Pablo Neruda murió de Chile. Cuando creía ver cristalizados sus sueños políticos en el gobierno revolucionario de Salvador Allende, volvieron los tiranos. Una dictadura atroz se ensañaría contra su pueblo y ya no tendría tiempo para escribirle otro «Feliz año

para mi patria en tiniebla». Augusto Pinochet, un criminal de lesa humanidad, sería impuesto a sangre y fuego por Henry Kissinger y Richard Nixon, como lo demuestran los documentos desclasificados del mismo Departamento de Estado de Estados Unidos.

Neruda no espera a Bolívar como Penélope esperaba a Ulises, tejiendo. Su materialismo dialéctico le dicta que hay que estar allá afuera, en la huelga, la manifestación, la agitación cotidiana. Su poesía milita en esta realidad. Y Bolívar es la expresión de esas luchas, la misma y larga lucha por la independencia americana del siglo XIX. Si todavía reina la oscuridad en nuestra América, allí estará el Bolívar nerudiano: el vencedor de Carabobo y dominador de los Andes, el mismo que, «sobrecogido de un terror sagrado» y «arrebatao por la violencia de un espíritu desconocido», escribió «Mi delirio sobre el Chimborazo». El Bolívar que el poeta invoca con rezo plural, con rezo de todos, en su Padre Nuestro. El Bolívar de todos.

RUBÉN DARÍO: LA ESPADA DE FUEGO

Las naciones lo han visto:
Sol fecundo en la paz, rayo en la guerra

R. D.

El gran Rubén Darío, príncipe de los poetas de la América nuestra, le dedica una oda al Libertador dentro de un largo canto, pero no un poema independiente. De cierto, todo escritor no está obligado a escribir sobre Bolívar y eso no lo hace menos bolivariano, incluso, hay quienes no debieron perpetrar algunos versos que ruedan impunemente por ahí. Sin embargo, en composiciones de cinco versos, el Darío que le canta a Bolívar tributa su admiración al vencedor de los Andes.

El problema de Darío es que, en el campo de la poesía, muchos lo consideran un libertador, por tanto, estaba obligado a cantarle al Libertador de la realidad, de la historia, de cinco naciones. Quienes endiosan a Bolívar, también endiosan a Darío; hay legiones de lado y lado. No siempre es saludable mirar a Bolívar como a un coloso y a Darío como un gigante; ni a ambos como genios, que lo fueron.

La poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou, escribe un «Himno a Bolívar» que es un contrahimno. No le canta al Libertador, reclama que le canten. Interpela a Darío en su poema:

Avergüenza decir: «Voy hacerle un himno a Bolívar»
¡Es tan menguada la voz de los hombres
para alzarla en el elogio de los héroes!

A Bolívar habría que cantarle
con la garganta de los vientos
y el pecho del mar

Y tendría que suplicarle al Pampero
dame tu acento

Y al Atlántico y al Caribe:
 Hoy necesito vuestra voz.
 A Bolívar solo pudo cantarle Darío
 ¡Un Dios es el que hace las alabanzas de otro Dios!

El primer verso evidencia por qué muchos poetas se abstienen de escribirle a Bolívar, que es la misma razón que cohibe para dedicar poemas a Jesucristo, a San Martín o a Lenin. El panfleto, la consigna y el melodrama están al acecho. La poeta da las pistas para hacerle el himno a Bolívar: tener «la garganta de los vientos, el pecho del mar, el acento del Pampero y la voz del Atlántico y el Caribe». Pero que alguien tenga todo eso, no garantiza que el himno sea feliz. Debe tener también la sensibilidad y el talento creador de Rubén Darío. Se nos ocurre que esa fuerza torrencial y telúrica está en la poesía de Pablo Neruda, mientras en Darío está la sutileza encantatoria y la palabra transparente y traslúcida. ¿Cómo queremos el himno? ¿Etéreo o terrestre? ¿Cómo el arco iris o cómo el relámpago?

De la lectura de los muchos poemas dedicados al Libertador, encontramos que los escritores siempre recurren a las fuerzas de la naturaleza para darle vigor a la palabra que nombra a Bolívar. La poesía se refuerza con lo sobrehumano: tempestad, tormenta, rayo, relámpago, centella, volcán, océano, mar, ríos, montañas, infinito. En todo caso, si hay autenticidad, cada quien amasa su pan con el trigo que tenga. Lo demás son luces de Bengala y artificio.

Solo: «¡Un Dios es el que hace las alabanzas de otro Dios!», esto es, el Dios Darío cantándole al Dios Bolívar. Un tributo a los dos grandes de la admirada Juana de Ibarbourou, pero se la pone difícil a los demás cristianos y criaturas poéticas que andan por ahí. Darío, más allá de los cisnes y los lagos, las princesas y las hadas, escribió también lo que vamos a llamar «poesía dura», como el rock que da la hora por estos días metálicos. Allí está, si no, su «Carta a Roosevelt», un magnífico poema de reafirmación latinoamericana. Recordemos que el poeta exquisito, muy siglo XIX y muy moderno, modernista, decidió por paso propio, un buen día, abandonar la torre de marfil. Y se reafirmó: «Yo soy aquel que ayer no más decía / el verso azul y la canción profana».

El Darío que escribe una oda a Bolívar es el modernista, preciso y preciosista en cada adjetivo, en cada verso. El poeta nicara-

güense es sabio en la palabra primástica, como bautizara Mallarmé a aquellos términos que son «intrínsecamente poéticos». Nos lo revela otro poeta, Ludovico Silva, cuando escribe: «La palabra, cuando está en situación poética, irradia significados en todas direcciones, se expande luminosamente y adquiere una especie extraña de precisión, opuesta a la precisión del lenguaje científico: la poesía aspira deliberadamente a la multivocidad»¹.

En su oda, Rubén Darío exalta al héroe, le pone los Andes como pedestal, lo cubre de un manto divino y lo glorifica. El Bolívar que espera el poeta de *Prosas profanas* acude cuando América lo clama. Y a decir verdad, Latinoamérica siempre está clamando, contra las tiranías internas y el sometimiento externo, sea en lo político, sea en lo económico.

La América garrida
 hoy levanta un clamor que se dilata
 de la vega florida
 del Orinoco al Plata
 que turbulento su raudal desata

Es el Darío de la rima perfecta, del verbo que cierra el verso: «un clamor que se dilata» y un río «que turbulento su raudal desata». Y cuando ello ocurre, el Libertador acude:

Bolívar se levanta
 con la aureola inmortal que orna su frente
 y coloca su planta
 sobre el Ande; y ardiente
 sonrío con amor al continente

Este Bolívar regresa al clamor de América y le «sonrío con amor al continente». A esta altura, el lector del poeta se siente desconcertado: no es posible que el Libertador sonría cuando se le clama frente a las tiranías que avasallan sus pueblos. Es solo un pasaje rubeniano. De inmediato coloca a Bolívar en acción:

Levanta el brazo fuerte
 que venció en Boyacá; lanza un acento
 que en ardor se convierte

y es su mirar violento
relámpago que surca el firmamento.

De brazo fuerte y mirar violento, este sí es Bolívar. Lo otro es la glorificación del personaje histórico, su deificación, su ocultamiento entre términos prismáticos. Darío todavía lucha con su torre de marfil. Para él, Bolívar es «genio divino», «cóndor andino», «espada de fuego», «gigante que anonada», «Sol fecundo en la paz», «rayo de lides», «redentor como Cristo», «fue semidiós», «héroe invisible», «paladín sereno».

Hay un nuevo dato: a Bolívar se le ha parangonado con Cristo y el Quijote —él mismo lo hizo—, pero Darío lo coloca a la altura de otro personaje histórico, legendario y poético: el Cid Campeador.

Las naciones lo han visto:
sol fecundo en la paz, rayo en la guerra;
redentor como Cristo
fue de raza de Cides
y en su alma inmensa revivió Arístides.

Hay algo más que un detalle: El Cid fue un caballero a la orden de su majestad, luchaba por su Rey; Bolívar fue todo lo contrario, un luchador contra su majestad. Entendemos que Darío hizo el símil en cuanto a la valentía y arrojo de ambos personajes.

Rubén Darío no se dio tiempo para un himno, a despecho de Juana de Ibarbourou. Pero dedicó a Bolívar los términos más prismáticos, más intrínsecamente poéticos, en admiración al héroe. Exaltó que el Libertador está allí cuando los pueblos lo claman.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: LA LUCHA QUE NO ACABA

...de los que como tú, Libertador, no mueren,
cierran los ojos y se quedan velando.

M. A. A.

Miguel Ángel Asturias es grande como novelista y lo es como poeta, una faceta menos conocida del reconocido narrador guatemalteco, también deslumbrado, como tantos artistas, por el genio y la figura del Libertador. Cuenta Asturias con el manejo de un lenguaje rico en bellas metáforas e imágenes para poetizar a Bolívar y estar a la altura que la literatura exige a quienes se atreven a cantar a los héroes. En la creación poética del autor de *Hombres de maíz*, el prócer se hace presencia viva en toda su grandeza.

Dos poemas de Asturias nos convocan. Los titulados, sencillamente, «Bolívar» y «Credo». El primero se inicia con los buscadores de perlas, aquellos esclavos de potentes pulmones, obligados a sumergirse en busca de las ostras hasta la muerte: «Pescadores de perlas van abriendo / las conchas silenciosos. Es un juego / de tristezas salobres y de esclavos».

Es un trabajo sin esperanza y sin mañana. Al menos, hasta que el esclavo tenga mentalidad de esclavo. Por eso el conquistador y colonizador español se cuida de que el cerebro no esté en la cabeza sino en las tripas (en el hambre), consciente de que si los esclavos descubren el pensamiento, su tenebroso reino estará en peligro: «¡El cerebro es la tripa en la cabeza / y hay que hurgarlo para encontrar la idea / esa gota purísima! ¡Pensar es un cuchillo!».

Estrofas de tres versos, de dos, de cuatro o más, el poeta va creando un torbellino que envuelve al lector y que la figura de su personaje ordena. Escribir es un impulso y un sentimiento lúdico, un juego peligroso y reconfortante. El esclavo se sumerge, abre las ostras —«¡Cuánto nácar difunto!— mientras algo va ocurriendo dentro de su «frente quemada por el hierro». Al tomar consciencia, luchará por encontrar la ostra mayor, oceánica, celestial y terrestre.

«Y es a todo pavor cuchillo en mano / que se busca en las conchas coloniales / la libertad del hombre, perla rara».

La libertad es una «perla rara», la imagen es terrible y realista. Miguel Ángel Asturias no es el escritor ingenuo y providencial. Tiene una visión política e histórica de los acontecimientos en la América colonial. Y en ese contexto ubica la presencia del Libertador: «Y a cuchillo. Otra vez a cuchillo. / Bolívar es la lucha que no acaba».

Es inevitable, con el último verso, que nos asalte el recuerdo de Miguel Hernández, ese gran poeta de la República española y «el rayo que no cesa» de las luchas del pueblo. Bolívar siempre estará presente dondequiera que haya injusticia, esclavitud o coloniaje, «Bolívar es la lucha que no acaba». Por ello, Asturias no es de los que esperan un regreso del libertador; lo sabe aquí, porque las tinieblas no se han disipado en Nuestra América.

El Bolívar que vislumbra el autor de *Señor Presidente* está ansioso por la libertad de su pueblo y sabe hablarle a ese pueblo. El novelista lo descubre y sería saludable que tantos movimientos revolucionarios en nuestra América supieran comunicarse, en un lenguaje sencillo, lejos de la demagogia y del esoterismo lingüístico, con las masas populares a las que pretenden convocar a la lucha y liberar.

Aldabea los dedos en su pecho
Lleno de astronomías populares.
Y en tono de refrán habla a los hombres
que en el agua se casan con las perlas.

En tono de refrán. El Libertador entiende al pueblo y se hace entender por el pueblo, en lenguaje sencillo y popular, «en tono de refrán». De pronto, un verso: su pecho «lleno de astronomía populares» nos remite a Vicente Huidobro, quien en su poema nos revela que «su corazón se dilatava de un modo pavoroso. Su corazón tomaba la forma de un continente».

En el pecho del héroe, Asturias descubre «astronomías populares», mientras Huidobro observa que «su corazón tomaba la forma de un continente». Para ambos poetas, América está en el corazón, en el pecho de Bolívar. Para Huidobro, los países que serían libertados por su espada. Para Asturias, los pueblos que serían liberados.

Por eso, «Bolívar es la lucha que no acaba». Está en las luchas de los pueblos. Y estos, para Miguel Hernández, son «el rayo que no cesa».

Estamos frente a un poema elegíaco sin tono de elegía. Como Neruda, Asturias también lo llama «Capitán». Aquí están las hazañas del héroe y las de su pueblo. Pero el héroe, en ocasiones, es estremecido por lo inmenso, por la posteridad, por los siglos que lo llaman, por la eternidad que la historia le ofrece. Y se sobrecoge. Y delira. Y se hace más humano y menos bronce, menos mármol.

¿Por qué no ve los astros? La chamarra
le sirve de telón, guarda los ojos
Tiene miedo a la hormiga y a la harina,
Si la harina de Dios son las estrellas
Y la hormiga no es otra, sino Él...

Ante el universo, Él es un pequeño ser. La imagen nos traslada a un texto del Libertador, cuando el dominador de los Andes ascendió a lo más alto, conversó con el Tiempo y despertó siendo... otra vez hombre, en «Mi delirio sobre el Chimborazo»:

Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento; tenía a mis pies los umbrales del abismo. Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.

El poema de Asturias sigue al Bolívar que conquistó los Andes, el que «suelta la brida en la tiniebla blanca». Esa tiniebla blanca del altiplano, de las cumbres andinas, pero también las tinieblas que trajeron los blancos peninsulares, el conquistador y los colonizadores, todos derrotados por la espada del Libertador.

En su otro poema, «Credo», Asturias usa el recurso retórico de parodiar una oración cristiana, como lo hizo Neruda con el Padre Nuestro. ¿Una deificación del Libertador? ¿Una mistificación? De ninguna manera, por el talante político y literario de ambos escrito-

res. Pero sí el reconocimiento de la estatura del prócer en el sentimiento colectivo. Así como otros escritores invocan las musas para cantarles a los héroes, le piden su voz a los océanos, a la tempestad, a los volcanes, Asturias y Neruda simplemente la toman de los que le rezan a su Dios. La forma, el lenguaje, dice por sí mismo: es reconocimiento y homenaje a la figura egregia de Simón Bolívar.

Creo en la libertad, Madre de América,
 Creadora de mares dulces en la tierra,
 Y en Bolívar, su hijo, Señor Nuestro
 Que nació en Venezuela, padeció
 Bajo el poder español, fue combatido,
 Sintióse muerto sobre el Chimborazo,
 Y con el iris descendió a los infiernos,
 Resucitó a la voz de Colombia,
 Tocó al eterno con sus manos
 Y está parado junto a Dios!

Ya vemos que en este «Credo» no se le canta (reza) al hijo de Dios sino al hijo de la libertad, que no es otro que Bolívar, y esa libertad es «Madre de América». Sin libertad, no hay América. Bolívar no es Nuestro Señor sino «Señor Nuestro». La inversión de los términos no es simplemente retórica. Es humano y terrenal. No padeció bajo el poder de Poncio Pilatos sino del poder español. La corona española no se lavó las manos como el gobernador romano, y si lo hizo, fue con la sangre de esclavos, la de los pueblos ancestrales y la de los libertadores que cayeron en la larga Guerra de Independencia. Este Bolívar humano se sintió muerto sobre el Chimborazo, es el Bolívar que delira y en un momento de su extravío febril se siente «sobrecogido de un terror sagrado». Los dioses no se sobrecogen y para ellos no hay «terror sagrado» porque lo sagrado está en su ser sobrenatural. Asturias está siguiendo al héroe de «Mi delirio sobre el Chimborazo», al que «venía envuelto en el manto de Iris», ese iris que «ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales». Es el infierno de la guerra y de la traición. El Libertador se sumergió en la primera para libertar naciones y conoció y sufrió la segunda, como lo expresó en su última proclama. Pero Bolívar, al igual que Jesús, perdonó. Lo resucita de su muerte, de su delirio en el Chimborazo, la

voz de Colombia. Son los pueblos que lo llaman y el héroe se supera y acude al llamado. Tocar al Eterno con sus manos da la dimensión de su gloria, de quien en vida ha entrado en la posteridad. A diferencia de Jesús, Bolívar no está sentado a la diestra de Dios, sino que, para el poeta, «está parado junto a Dios!».

Jesucristo, en el Credo cristiano, descendió a juzgar a los vivos y a los muertos; en cambio, en el «Credo» asturiano, el pueblo se adelanta a cualquier juicio posible y le pide al prócer:

No nos juzgues, Bolívar, antes del día último
 Porque creemos en la comunión de los hombres
 Que comulgan con el pueblo, solo el pueblo
 Hace libres a los hombres (...)

El día último es el día de la liberación, la libertad y la Independencia. Para lograr estos designios, se pone toda la fe en el pueblo y en los hombres que comulgan con ese pueblo. Aquí está la concepción histórica de Asturias: la historia la escriben y la hacen los pueblos, mediante la comunión de los hombres que comulgan con ellos. Es el pueblo que, unido, jamás será vencido. La consigna popular se adelantó al «Credo» de Asturias y el poeta la hizo poesía. No los héroes, es el pueblo el que hace libre a los hombres. Sin pueblo, no hay líderes, pero el líder es necesario para dirigir al pueblo hacia la victoria. Luego, pueblo y líder se funden en una unidad dialéctica, si quieren, llámenla comunión. Cuando Asturias coloca al pueblo en primer plano, elimina cualquier deificación de Simón Bolívar. Seguidamente, parodia o parafrasea un decreto del Libertador y nos entrega su convicción del Bolívar, no el que vendrá, sino el que está y sigue vigilante y alerta —como su espada en la consigna popular— en las luchas de los pueblos:

(...) proclamamos
 guerra a muerte y sin perdón a los tiranos,
 creemos en la resurrección de los héroes
 y en la vida perdurable de los que como tú,
 Libertador, no mueren, cierran los ojos
 y se quedan velando.

Estos versos finales traen remembranzas del Decreto de Guerra a Muerte, que el Libertador promulgara, desde el Cuartel General de Trujillo, el 15 de junio de 1813. En este decreto asienta el héroe americano:

Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre: que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar a las naciones del universo, que no se ofende impunemente a los hijos de América.

El poeta que reafirma esta parte del Decreto de Guerra a Muerte, cree en la resurrección de los héroes. Pero ojo, esa resurrección no es la de los creyentes; esta resurrección se da, como lo profetizara Neruda, cuando el pueblo despierta. Y cuando esto ocurre, el héroe está allí, porque los hombre de la estirpe del Libertador, «no mueren, cierran los ojos y se quedan velando».

Recordamos el canto de Alí Primera: «los que mueren por la vida no pueden llamarse muertos». ¿Y quién más que Simón Bolívar murió por la vida de los pueblos y naciones que su genio militar libertara y liberara? Este es el «Credo» de Miguel Ángel Asturias. Y el Bolívar de su «Credo», «es la lucha que no acaba».

MIGUEL OTERO SILVA: LA SOMBRA QUE DA VIDA

Arar nunca es en vano.

Ni en el mar...

M. O. S.

Con el título de «El Libertador» y el epígrafe de la amarga frase bolivariana: «He arado en el mar», Miguel Otero Silva le dedica un poema a Bolívar. Años después, asumiría el riesgo de escribir sobre otro de los tres majaderos de la historia que el mismo Libertador enunciara: Jesús, con la novela *La piedra que era Cristo*, Decimos «riesgo» porque no otra cosa es la escritura sobre personajes históricos, ficticios o bíblicos. ¿Qué le agregaría un poema? ¿Qué le sumaría una novela? ¿Qué se dirá sobre quienes, al parecer, ya todo está dicho?

Para los auténticos hombres y mujeres de letras, nunca nada está dicho por completo. De ser así, se abstuvieran de escribir, porque como dijo alguna vez Luis Britto García, «todos los temas están en la Biblia». De todas maneras, hay muchas formas de decir las cosas, de contar la historia, de hacer ficción o poesía. Miguel Otero Silva tiene la suya, para gusto de muchos y disgusto de unos pocos.

Algunos intelectuales llegaron a decir que Otero Silva no escribía novelas sino reportajes; otros, que no era poeta sino versificador. No se asume impunemente una posición política, militante, en la vida, y el autor de *Casas muertas* la asumió. Fue senador, novelista, poeta, periodista y polemista. Abrevó ideológicamente en las aguas del marxismo. Recibió, para disgusto de Ludovico Silva, que le pidió que lo rechazara, el Premio Lenin de la Paz, otorgado por la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Eran los tiempos duros de la Guerra Fría y, también, del antisovietismo, el revisionismo, el maoísmo y el llamado eurocomunismo. Todavía se discutía en el mundo por aquellos días.

Este es el Otero Silva que le escribe al Libertador, en versos libres. Decimos esto último porque el escritor fue también un diestro conocedor y manejador de la métrica y la rima. Su memorable obra humorística *Las Celestiales* fue prohibida por el gobierno de turno a instancia de los jerarcas de la Iglesia católica. Los temas de

sus novelas pueden ubicarse, contextualmente, en precisos períodos históricos, desde *Fiebre* hasta *Cuando quiero llorar no lloro*.

El Bolívar de su poema es el de los últimos días del héroe, hasta su muerte. Es el prócer del que, físicamente, solo queda la sombra:

Solo una sombra escuálida como un árbol sin ramas.
Solo una frente pálida. Y unos ojos de abismo.
Solo una sombra ágil, nerviosa, diminuta,
que se tornaba inmensa como todas las sombras.

Pero a esta sombra la acompañaba algo que se hace reiteración en el poema; algún avezado crítico diría que es el «hilo conductor»; algún sociólogo corregiría el aserto afirmando que la categoría expresada en el verso «transversaliza» todo el poema. Miguel Otero Silva, el poeta, escribió: «Era una sombra inmensa y era un pueblo a su espalda».

La imagen «(...) una sombra inmensa con un pueblo a su espalda» resulta perturbadora, o más propiamente, subversiva. Por eso la historia oficial y toda historia oficial busca mantener el *stablishment*, nos entrega un Bolívar que no perturba a nadie: de bronce, de mármol, de los discursos de orden de la Academia. Por eso, el retrato de Bolívar puede llegar a incomodar a una incipiente dictadura y se le arranca de la pared y se le oculta, como primer acto de gobierno¹.

En el poema, a Otero Silva se le sale el novelista de *Fiebre* y *Casas muertas*, de aquella Venezuela misérrima y palúdica, y todo novelista describe, como lo hace el autor con el pueblo que está a espalda de la sombra:

Un pueblo de pausados campesino andinos,
de llaneros festivos, audaces y valientes,

¹ El 11 de abril de 2012, el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Comandante Hugo Chávez Frías, fue derrocado por un golpe de Estado de la derecha. En la autojuramentación del presidente de facto, Pedro Carmona Estanga, el retrato de El Libertador Simón Bolívar fue retirado del Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores. 48 horas más tarde, cuando el pueblo y la Fuerza Armada Bolivariana derrotaron el golpe, el retrato del Libertador fue colocado de nuevo en el lugar de donde nunca debió ser apartado.

de mulatos cordiales y de negros risueños,
 de bronceados y ariscos pescadores mestizos,
 de soldados corianos, sufridores y recios:
 pueblo dicharachero,
 ingenioso, indolente y palúdico

Ese es el mismo pueblo de la Independencia, el que peleó en los llanos y el que cruzó los Andes con el Libertador a la cabeza; el pueblo en su «crisol de razas», para emplear la frase de Bolívar. «Era una sombra inmensa y era un pueblo a su espalda».

Miguel Otero Silva, ya lo dijimos, tiene una formación marxista. La muerte de Bolívar es un doloroso acontecimiento incontrovertible. Pero también tiene una clara visión de la historia. Los hechos tienen causas y consecuencias. Y Bolívar, después de muerto, sigue siendo un problema. O para decirlo con Miguel Ángel Asturias, «la lucha que no acaba». No por simple capricho del odio, la oligarquía venezolana, al enterarse del fallecimiento del héroe, quiso borrarlo de la historia y ordenó quemar todos sus títulos y condecoraciones. Le temía tanto al Bolívar vivo como al Bolívar muerto. Para Otero, aun fallecido, era una «vital sombra», estaba llena de vida y nutría el espíritu revolucionario de multitudes: «Hoy la sombra está muerta. De su savia / se han nutrido mil bosques de hombres».

Esa savia sigue nutriendo a los pueblos y en ellos se proyecta el espíritu bolivariano. La historia oficial no puede hacer nada. Las academias tampoco. Ni los que quemaron sus condecoraciones y títulos. ¿Cómo pelear contra una sombra vital? Volviéndola piedra, mármol, estatua. Otero Silva los desahucia:

Bronces y mármoles no han logrado plasmar
 en su inquietud
 la vital sombra muerta,
 porque la tempestad no puede ser tallada.

Bolívar es la tempestad, «el rayo que no cesa» de Miguel Hernández. ¿Cómo tallarla?. Sin embargo, una por otra, los escultores están en el legítimo derecho artístico de preguntar: «La tempestad no se puede tallar, ¿pero, sí puede ser escrita?». Otero no vive para responder. El genio de un artista pintor, escultor o poeta logra mila-

gros. Empero, son pocos los escogidos, los artistas geniales. Juana de Ibarbourou se va más lejos, como reseñamos páginas atrás, cuando reclama a Darío que le debía un poema a Bolívar: «A Bolívar solo pudo haberle cantado Darío. / ¡Un Dios es el que hace las alabanzas de otro Dios!». Ya no es tempestad, es Dios. Dejemos esta vieja polémica por ahora, pues de ninguna manera la vamos a resolver. Los escritores que escriban, los escultores que tallen y los pintores que pinten. El tiempo juzgará.

Otero Silva recurre a la metáfora de la sombra que sigue allí, junto a su pueblo, hecha pueblo: «Hoy la sombra está muerta frente a su pueblo vivo / Frente a su mismo pueblo sobre el mismo paisaje / Rumiano el mismo pan y la misma amargura».

La sombra palpita con el pueblo, lucha por su pan y sufre la misma amargura cuando la tiniebla se abate sobre su población. Ese pueblo sigue luchando «Bolívar es la lucha que no acaba» y busca lo que buscaba la sombra: la libertad, las riendas de su propio destino. «Pueblo que aún persigue por las rutas con sol / Lo que la arrolladora voluntad de la sombra buscaba».

La sombra como metáfora la vamos a conseguir en muchos poetas. Quizás el más citado sea José Domingo Choquehuanca. Citémoslo in extenso:

Quiso Dios de salvajes formar un gran imperio y creó a Manco Capac; pecó su raza y lanzó a Pizarro para su exterminio. Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de las Américas y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un destino providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho; y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya un mundo por libertar. Habéis formado cinco repúblicas que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra grandeza a donde ninguno ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina.

Sacerdote al fin, para Choquehuanca, más allá de la conquista genocida con la cruz y la espada, hubo un castigo de Dios por el pecado de la raza de Manco Capac. Pizarro más que el conquistador sanguinario, es un enviado del Señor para castigar a los pecadores.

La expiación de América duró tres siglos hasta que un Dios piadoso se condeció y creó a Simón Bolívar. No se crean, esta historia se sigue enseñando. En todo caso, para los efectos de este libro, nos interesa la última frase del texto: «Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina».

La sombra que es Bolívar, sombra vital, se proyecta, o mejor, encarna en el pueblo, en sus padecimientos, en sus luchas. Para Miguel Otero Silva: «Hoy la sombra está muerta, más su pueblo está vivo. / Pueblo vivo y en marcha con la mirada fija / en la bandera libre que tremoló la sombra».

La historia es un proceso, no una acumulación de hechos aislados y en muchos casos, inconexos. El materialismo histórico y las leyes de la dialéctica, bien conocidos por Otero Silva, observan el proceso, sus causas, consecuencias y efectos. La historia no ha tenido fin, que se sepa, aunque lo hayan anunciado una y otra vez los teóricos del neoliberalismo. El capitalismo salvaje no fue ni es la última estación de la humanidad. La larga Guerra de Independencia no terminó en Carabobo ni en Junín ni en Ayacucho. Sus llamaradas siguen soplando fuerte por sobre las cordilleras y los océanos, los desiertos y las llanuras, los pueblos y las ciudades. Miren a su alrededor. El pueblo, escribe el autor de *Oficina N.º 1*, sigue «vivo y en marcha» y su bandera es la bandera libre que «tremoló la sombra». El poema cierra con una respuesta a una de las frases más amargas del Libertador: «Arar nunca es en vano. / Ni en el mar...».

Dialécticamente, ninguna acción —arar, por ejemplo— deja de tener consecuencias. La siembra del Bolívar al que escribe Miguel Otero Silva, tuvo, tiene y tendrá cosechas. Lo demás es religión, dogma y academia.

ALBERTO ARVELO TORREALBA: LABRANZA DE PUEBLOS

Por aquí pasó, compadre,
dolido, gallardo, eterno.

A. A. T.

La formación cultural de Alberto Arvelo Torrealba no lo alejó de su tierra llanera, por el contrario, lo arraigó mucho más en la inmensidad de su geografía y en la vida de sus hombres y mujeres. El autor del contrapunteo de *Florentino y el Diablo*, un corrido que desde el triunfo electoral de Hugo Chávez, en 1998, anda de boca en boca, no dejaría pasar por debajo de la mesa del cielo barinés el paso de Bolívar por el paisaje que José León Tapia llamó *Tierra de marqueses*, título de una de sus exitosas novelas.

De la poesía de Arvelo Torrealba, buena y propicia para la canta llanera y el canto recio, han escrito con sobrado conocimiento de causa, lugar y autor, los ensayistas barineses Alexis Márquez Rodríguez, *Aquellos mundos tersos*¹ y Orlando Araujo, *Contrapunteo de la vida y de la muerte*². Autoridades en la materia, me relevan de entrar en ese paisaje y aquellos parajes.

En su poema dedicado al Libertador, titulado «Por aquí pasó», en el mismo tono y ritmo de toda su poesía, el autor juega con los tiempos verbales y con maestría nos lleva del pasado al presente y viceversa, para dar testimonio de que Bolívar pasó por su tierra, pero no fue solo pasar; antes bien, se quedó en cada rincón y cada rescollo del llano barinés. Está allí, palpita en el paisaje y en la gente, en el canto y las costumbres, en la brisa y los incendios.

Por aquí pasó, compadre,
hacia aquellos montes lejos.
Por aquí vestida de humo
la brisa que cruzó ardiendo

¹ Alexis Márquez Rodríguez, *Aquellos mundos tersos. Análisis de la poesía de Alberto Arvelo Torrealba*, Editorial Arte, Caracas, 1966.

² Orlando Araujo, *Contrapunteo de la vida y de la muerte*, Ediciones En la Raya, Caracas, 1974.

fue silbo de tierra libre
entre su manta y su sueño.

Bolívar es cercanía, «por aquí pasó», y es lejanía, «hacia aquellos montes lejos». El poeta se dirige al «compadre», que son todos los llaneros, incluso, todos los venezolanos singularizados en un personaje. El autor dirige a alguien su canto, tiene un destinatario: es el compadre, es el pueblo que escucha su cuento o su historia. Luego viene la imagen literaria de «la brisa que cruzó ardiendo», que no es otro que el Libertador como ráfaga de viento y fuego, con su «silbo de tierra libre».

De inmediato, para confirmar lo que dice y por si las dudas del que escucha o no quiere ver, lo invita a mirar los rastros del héroe por todas partes y, para ello, recurre a la figura retórica del símil, enriquecida con imágenes visuales:

Mírole el rastro en la paja,
míreselo, compañero,
como las claras garúas
en el terronal reseco,
como en las mesas el pozo,
como en el caño el lucero,
como las garzas en el junco,
como las tardes en los vuelos,
como el verde en el quemado,
como en el banco el incendio,
como el rejón en la carga,
como la gaza en el rejo,
como el cocuyo en el aire,
como la luna en el médano,
como el potro en el escudo
y el tricolor en el cielo.

Alberto Arvelo Torrealba parece decir: «el que tenga ojos, que vea». El compadre al que se dirige en el primer verso, ahora lo llama compañero, con el que puede intimar y así acerca el poema al lector, quien también es ese compadre y ese compañero. Todos los símiles son familiares para el llanero. Bolívar está en todas partes porque por

todas partes dejó huella y rastro. Como en el canto de Neruda, en el que todo lleva el nombre del Libertador. El poema, en esa cadena de comparaciones, alcanza su momento más elevado y de mayor tensión y emoción en la poesía de Arvelo Torrealba, como en el canto de los cantores de la sabana, para decirlo con expresión de Cristóbal Jiménez, cantante genuino de las llanuras sin horizonte. El rastro en la paja que dejó el héroe al pasar por los llanos de Barinas es testimonio de que el Libertador pasó y se quedó para siempre.

El poeta emplea la reiteración de los dos primeros versos «por aquí pasó compadre, hacia aquellos montes lejos» para retrotraernos al pasado que se resuelve en presente y en presencia viva de Bolívar.

Aquí va su estampa sola;
grave perfil aguileño,
arazón de cuero tostado,
tordillo de bravo pecho

Arvelo Torrealba, por si los símiles no convencen a quien le canta, pasa a describirle cómo va el Bolívar poetizado, su perfil y sus rumbos. Emplea el gerundio, que nos remite a un presente actual y actuante, en pleno desenvolvimiento.

De bandera va su capa,
su caballo de puntero,
baquiano, volando rumbos,
artista, labrando pueblos,
hombre, retoñando patrias,
picando glorias, tropero.

Bolívar labra pueblos y retoña patrias, sigue haciéndolo más allá de su muerte. Por dondequiera hay un rastro suyo, pero también su voz, que se quedó en cada sonido y cada ruido familiar al llanero. Ya el poeta no le pide a su destinatario que lo vea «Mírele el rastro en la paja, míreselo, compañero», sino que lo oiga. Los símiles ahora se resuelven en imágenes auditivas:

Óigale la voz perdida;
sobre el resol de los médanos,

la voz del grito más hondo
 óigasela, compañero,
 como el son de la guaruras
 cuando pasan los arrieros,
 como la brisa en la palma,
 como el águila en el ceibo,
 como el trueno en las lejuras,
 como el cuatro en el alero,
 como el eco en las tonadas,
 como el compás en el remo,
 como el tiro en el asalto,
 como el toro en el rodeo,
 como el relincho en el alba,
 como el casco en el estero,
 como la pena en la canta,
 como el gallo en el silencio,
 como el grito del Catire
 en las Queseras del Medio,
 como la Patria en el Himno,
 como el clarín en el Viento.

El Libertador se hace omnipresente en su paso por tierras barinesas. Quien no lo vea y no lo oiga, sin duda está ciego y sordo. O se hace. Pasó y se quedó. Está allí. La bella palabra «lejuras», creación del poeta, es de esos términos que Mallarmé distinguió como «intrínsecamente poéticos». En esta cadena de sonidos no falta la referencia histórica que punza el patriotismo y remite a la gesta de Independencia. «Como el grito del Catire, / en las Queseras del Medio». Y también: «Como la patria en el himno, / como el clarín en el viento». El poema cierra con la reiteración con que se inicia el canto, pero cambia el segundo verso «por aquellos montes lejos» para entregarnos el estado sentimental, de ánimo y lo que reflejaba y transmitía la figura del Libertador. «Por aquí pasó, compadre, / Dolido, gallardo, eterno».

Concluye en tiempo presente, con la sombra de Bolívar extendiéndose sobre el desierto, señal irrefutable de que el héroe cabalga entre nosotros: «El sol de la tarde estira / Su perfil sobre el desierto».

Alberto Arvelo Torrealba, hombre de letras y máximo exponente de la canta llanera, no espera al Libertador. En su poema nos dice que está aquí, que por donde pasó dejó huellas, rastro y voz. Y allí se quedó, por los siglos de los siglos. Simón Bolívar no pasaba en vano, impune e inocuamente, por ninguna parte. Barinas lo sabe.

MAHFUD MASSÍS: UNA SOMBRÍA SOMBRA DESOLADA

¿En qué oscura caja reventaron tus sueños
Entre el gusano y el oro de la tarde americana?

M. M.

¿En qué día perdido te metiste? ¿En qué noche te perdiste de vista? Te hablo, Mahfud, desde la acera de un pueblo huracanado, atacado por todas partes. El pueblo que tú no viste. ¿Recuerdas cuando me visitaste, una noche que no era unánime, como la de Borges, en cuya tiniebla el genial ciego inscribió la frase que nos apostrofó: «Pinochet es la gloriosa espada de América»? Nos dolió *El Aleph* y nos dolió *El oro de los Tigres*, y quisimos que él fuera como su libro *Ficciones*, pero no, no era *El libro de arena*. Era Borges, genio y figura.

Llegaste un cálido anochecer, con tus libros y revistas bajo el brazo, al pequeño apartamento de San Martín, frente a El Guarataro, donde por las noches se escucha la voz de Aquiles Nazon, nuestro querido poeta de las cosas más sencillas. Y de Aníbal, su hermano, maestro de la pluma y el Humor, así con mayúscula, porque hay otro humor que terminó marchando con Fedecámaras, la patronal del antihumor, la que al hacerse felonamente del poder, lanzó el retrato de Simón Bolívar al trasto de la basura, nuestro Simón.

Esa noche amable, te recuerdo para que recuerdes, te dedicaste a mirar los cuadros de un pintor autodidacta, mi hermano, el que tiene nombre de ángel. Elogiaste a los pintores del pueblo, precisos e irreductibles. Te detuviste en la mujer desnuda, pasaste al fulgor nocturno de los cerros, con su cielo violeta y sus centellas azules. Me regalaste una revista de la izquierda latinoamericana, otro quijotesco proyecto tuyo. No importa, el viejo Kotepa Delgado vivía diciéndonos: «Escribe, que algo queda». Y me invitaste a escribir en tu revista. Algo debe haber quedado.

Hablamos del surrealismo y sus manifiestos. De André Bretón y su visión de la poesía, eso de salir de un café al medio de la calle y disparar contra la multitud. ¡Viva Bretón, que disparó palabras

y metáforas! ¡Viva el pope de los surrealistas! Hablamos de Lautremont y los muchachos que por las noches saltaban los paredones de los cementerios para violar los cadáveres de hermosas mujeres recién fallecidas. La necrofilia llegó a la Caracas de los sesenta, cuando los militantes del *Techo de la Ballena* hicieron una exposición, con visceras, patas y panzas de animales, que provocó la náusea, sin haber leído a Sartre, de la alta sociedad. Si al tercer día no hay resurrección de la carne, una exposición así empieza a descomponerse y a descomponer a los buenos espíritus. Nadie quería oír *Los cantos de Maldoror*, viejas cotorras emplumadas.

Y entramos en materia: la situación política de tu Chile profundo, bajo la tiranía sedienta de sangre de Augusto Pinochet, con tantos muertos y tantos desaparecidos y tantos lanzados de su propia tierra, tú entre los aventados al exilio, entre esos tantos. Exilio de verdad, no en Miami ni en Lima ni en San José de Costa Rica. Y de pronto, después de tanto tiempo sin verte, ¿dónde estás, por dónde andas?, cae en mis manos un poema tuyo sobre el Libertador: «Oración a Simón Bolívar en la noche negra de América». Ya el título me dice que no estás dispuesto a dar tregua ni a pedirla. No importa, Mahfud, Neruda le dedicó un «Padre Nuestro», Asturias un «Credo», Huidobro una «Alegoría» y tú, esta oración, que recé en voz baja.

En la noche negra de América —¿recuerdas al cantor del pueblo?—, en la noche negra de América no basta rezar. Libro de imágenes terribles, ora hermosas y destellantes, ya implacables. A veces parecen susurradas por el mismo Bretón y su mujer de cabellos de fuego; a veces, dictadas por Rimbaud, el príncipe de los poetas, quien sentó a la Belleza en sus rodillas y la encontró horrible. ¿Qué diría Paul Verlaine, tan admirado de Darío, de todo esto, de todo este hermoso desorden? No respondes, te diriges a Bolívar:

Atraviesas la eternidad, con un hueso de caballo,
incendiando el abismo, como el abanico de una vieja diosa;
corre el tiempo, el agua verde entre tus piernas de coloso,
como la flor indígena de la metáfora,
como el lienzo manchado sobre la cara de Cristo,
seco, como tú, magro, arando en el mar, arando.

Vamos a ver, Mahfud, ¿qué nos quieres decir desde tus angustias y tu ira? Ese «hueso de caballo» es Rocinante, el flaco caballo de Don Quijote, uno de los majaderos de la historia, en palabras del mismo Bolívar. Y en «el lienzo manchado sobre la cara de Cristo», nos hablas del otro majadero, que con el Libertador completa el trío. Y de seguida, para cerrar, la epopeya en gerundio: «seco, como tú, arando en el mar, arando». Ya no el participio pasado del héroe «he arado en el mar». El participio que es como una puerta que se cierra, definitivo. Pero ese gerundio nos dice, desde tu poesía de momentos espectrales, que el hijo de Caracas sigue arando, arando. Nos apropiamos de la sentencia positiva de Miguel Otero Silva: «Arar nunca es en vano. / Ni en el mar...».

O contradecimos al héroe, desde la deificación y el exacto soneto de Germán Arciniegas: «(...) la conciencia de América, te hemos visto / Como un Dios que encarnase de nuevo en Jesucristo... / Y su palabra clara: ¡No has arado en el mar!».

Tu oración se pone tensa, Mahfud. De pie ante ningún altar imprecas: «¿En qué oscura caja reventaron tus sueños, / entre el gusano y el oro de la tarde americana?». Buena pregunta, de la que todos tienen la respuesta y no se atreven a pronunciarla o a escribirla en secreto. Todos saben, sabemos, quiénes son el gusano y quién es el dueño o el que se apropia del oro de la tarde americana. Sabemos también quiénes destrozaron la guerrera del héroe.

Rameras fúnebres, rodeadas de blancas moscas,
 mariscales leprosos, verdugos ahorcados,
 enanos de largas tetas surgieron, como doncellas invernales
 y chivos melancólicos
 ascendieron en la hechicería de la noche,
 destrozaron la guerrera del héroe,
 agitando un cascabel de miseria,
 un plato de sangre ante los propios ojos.

¿Ves, Mahfud? Las ramerás fúnebres del sistema, las moscas blancas que reinan en el disimulo y sus mariscales leprosos que excitan a las señoras, también moscas blancas, de la High Society, y sus verdugos ahorcados y sus chivos y chivatos melancólicos, no son los únicos que han destrozado la guerrera del héroe. Ya te conté que

con motivo de la muerte del Libertador, la oligarquía venezolana, municipalidad de Caracas mediante, ordenó quemar todo rastro de gloria de quien fuera su primer ciudadano. ¿Cómo se quema la gloria, Mahfud? Y después, ante un presidente espurio que se autojuramentó, aplaudido por moscas blancas y mariscales leprosos en su apoteosis, arrancaron con desprecio el retrato del héroe de la pared del Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores. La fecha de la ignominia es 11 de abril de 2002. El nombre del sátrapa: Pedro Carmona Estanga, digámoslo sin metáfora para no hacer cómplice a la poesía de los actos antipoéticos.

Haces el inventario de las tinieblas y no puedes evitar ser sacudido por la ira del Pélida Aquiles, que es la ira de todos los poetas. La palabra se hace piedra y golpea a la cabeza; por ningún otro lado se puede matar tantas cascabeles. Préstame tus signos de admiración, préstame tu palabra y tu pluma iracunda, Mahfud:

¡Malditos!
 ¡Malditos desde el fondo de la tierra,
 desde el fondo del aire,
 Cabezas negras, rufianes coronados,
 sobre nuestras cabalgaduras de pies de seda,
 sobre el terciopelo que os cubre, como a antiguas queridas,
 una sombra, un cráneo terrible
 una sombría sombra desolada,
 vadeando el cielo, el valle negro de los gavilanes,
 cae sobre vuestras crines; y los gallos
 rojos de la tempestad
 encienden la eternidad anunciando tu nombre!
 ¡Eres tú, Capitán! ¡Estás despierto!

Ya no esperas al Libertador, está despierto, mira la América nuestra, la de Martí y la de Bolívar y la de Miranda y la de Sucre, nuestro querido Mariscal, héroe impar de Ayacucho. La América del minero y el campesino, la del barrendero y Josefa Camejo y, en ella, todas las mujeres de la patria grande, y la de José Félix Ribas en la Victoria, rodeado de alegres jóvenes imberbes. Pero de pronto, el Libertador baja los párpados y tu voz que le pide, como lo hizo en su lugar y hora Vicente Huidobro:

Avanza sobre el pantano, cual la pantera sobre la estepa
 [amarilla

avanza sobre esta tierra mojada
 —arcángel de luto de las escrituras—
 vuelve a andar, cíñete de nuevo la espada,
 severo, insaciable, como la ceniza del tiempo antepasado.
 ¡Despierta, Capitán!
 ¡Despierta!
 América te llora, como una gran viuda apasionada.

El Bolívar de tu poesía está aquí, entre nosotros, pero no vino a juzgar a los vivos y a los muertos. Llegó con su espada ceñida a cortar en dos «la noche negra de América». Tu oración, Mahfud Massís, es un llamado de combate. Tu oración le hace coro a la sentencia martiana: «Bolívar tiene que hacer en América todavía».

Mahfud, ¿en qué día perdido te metiste? ¿En qué noche te perdiste de vista? Te hago mis preguntas desde la acera de un pueblo huracanado.

DIONISIO AYMARÁ: FULGOR Y SANGRE

... Hay un alba escondida
En cada palpitación de la noche

D. A.

¿Por qué lejas andará Dionisio Aymará? ¿Qué cercanías nos lo aproximan? Alberto Arvelo Torrealba nos presta su palabra lejas y su verbo para preguntar. Cerca tenemos su poema «Escúchanos, Libertador». Es un diálogo con el héroe, a quien le pide que lo presida, luego de convocarlo e invocarlo, «...para que tú presidas / la mesa humilde a cuya orilla / cada día / repartimos el pan y la esperanza».

Aymará, de la palabra precisa y la imagen transparente, es un poeta a carta cabal, de probada honestidad intelectual. Nada de trucos, nada de trampas, nada de forzar la barra con artificios y artilugios. Su largo poema a Simón Bolívar es un llamado angustioso por las sombras que caen sobre América. Es una invocación para que el Libertador se ponga al frente de otras luchas y otros combates y guíe a su pueblo hacia la victoria.

Vuelve tu rostro, Capitán, tu noble rostro
donde la eternidad y las serenas líneas de la luz se reflejan
y míranos:
alzamos hacia tí los brazos huérfanos
la ceniza, la sangre,
como una lámpara de cabellera interminable...

En su convocatoria al héroe, le pedirá: «Vuelve tu rostro», «Míranos abrazados a tu cuerpo tallado en piedra viva»; «Escúchanos, oh! Padre»; «Evocamos tu gesta magnífica». Y el verso, «Vuelve tu rostro», es reiterado y reiterativo a lo largo del poema. Pero también le dice en un plural que es la voz del pueblo: «A Tí, Bolívar, / claro conductor de los ejércitos libertadores, / capitán de la aurora, / cruzado del afán victorioso, / nos volvemos». El Libertador volverá su rostro hacia el pueblo y el pueblo volverá el suyo hacia el héroe.

¿Es que héroe y pueblo estaban de espaldas? ¿Desde cuándo? ¿Desde San Pedro Alejandrino o desde mucho antes?

¿Cómo estar de espaldas, cómo olvidar, si Bolívar, al igual que en el poema de Pablo Neruda y en el de Alberto Arvelo Torrealba, estaba en todas partes? También lo está en el de Dionisio Aymará: «Cada sitio donde estuviste, cada instante nacido / de tu pecho, / guardan el resplandor alucinado / de tus pasos abiertos como una flor de viva quemadura».

Podemos oír sin escuchar, podemos ver sin mirar. Pero sea lo que sea, el poeta está seguro de que el Libertador, dondequiera que esté, oírás su llamado: «Desde tus claridades profundísimas / sabemos que nos oyes y conduces / hacia el único destino que soñaste para nosotros (...)».

El Libertador ha de volver para conducirnos a «un alba escondida». Esta imagen plasma y expresa un sentimiento, una sensación de algo inacabado. Conscientes de ello, algunos demagogos llegaron a prometer «una segunda Independencia», entre estos, el expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez, quien en su primer gobierno (1973-1978), adelantó una nacionalización de la industria petrolera, calificada de chucuta por el llamado padre de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), Juan Pablo Pérez Alfonzo, y en su segundo período presidencial (1989-1993), impuso un paquete económico neoliberal, dictado por el Fondo Monetario Internacional, con lo que la supuesta segunda Independencia reafirmó y consolidó la dependencia del país de los organismos multilaterales y de las transnacionales. No hubo aurora, no hubo alba, sino un estallido popular, aplastado cruentamente por quien pretendió erigirse como un «segundo libertador». Recuerden el 27 de febrero de 1989.

Lo anterior no es poesía; es poliesía (política y poesía) porque el poema de Dionisio Aymará no es políticamente aséptico. Ningún llamado a Bolívar lo es. Los golpes del Libertador a todos los hombros de su pueblo «para que no olvidemos», tampoco.

Tus ojos desde la eternidad
como ángeles custodios,
velan sobre tu hermoso Continente y tus puños
golpean sobre todos los hombros

para que no olvidemos que hay un alba escondida
en cada palpitación de la noche.

El petróleo y el hierro son llamas que abrasan al país. A pesar toda esa riqueza, el pueblo de Bolívar sigue en la pobreza y en su condición de nación subdesarrollada. Es una historia larga, para ser narrada en otra parte. Este libro es un diálogo entre poetas y del autor con ellos sobre el regreso del héroe, aunque ese retorno sea un acto político y un canto libertario. Aymará, además de llamar al héroe, de convocarlo e invocararlo, en un momento elevado del poema, le implora:

Bolívar,
solitario varón con el pecho cruzado de relámpagos,
abierto a los grandes aconteceres
de la Historia, Bolívar:
imploramos tu conducción magnífica,
tu radiante lección de martirio,
tu silenciosa voluntad de amar y de vencer
continuamente.

América, Venezuela, después de la larga Guerra de Independencia, ganada en tantas batallas pletóricas de heroísmo y sacrificios, siguieron un largo camino de miseria y de sombra. Otro imperio desde afuera y las oligarquías criollas desde adentro, se confabularon para escamotearle la victoria al pueblo y mediatizar la gloria de los libertadores, a quienes redujeron al mármol y al bronce. El poeta le pide al Libertador que lo escuche:

Escúchanos, ¡oh Padre!
somos
eco de tu clamor,
somos reflejo de tu luz perdurable,
somos tu aliento,
tu esforzada batalla por alzarnos
de la miseria y de la sombra,
tu don de vaticinios repartido.

Bolívar es el Capitán de ejércitos y pueblos. Así lo llama Neruda, así lo invoca Mahfud Massís, así lo evocan los poetas. Y la palabra poética sale del corazón y el alma, es algo más que palabra. El Libertador, para los pueblos libertados por su espada, es abono y enseñanza:

Vuelve tu rostro, Capitán. Fulgor y sangre tuyos
abonaron el suelo
donde luchamos por el pan y sueño diarios
y donde tú nos enseñaste
a ser libres y ser nosotros mismos,
Bolívar,
con tu esfuerzo de titán vencedor de la muerte.

El último verso nos recuerda la imagen de Rubén Darío, aunque no dedicada a Bolívar. El recuerdo es por la figura y suerte del titán rubeniano: «Nada más triste que un titán que llora / hombre-montaña encadenado a un lirio». Una imagen terrible, pero el Libertador no fue el titán que llora, ni mucho menos está o estuvo encadenado a un lirio. El héroe fue un *General en su laberinto*, en palabras propias y en la excelente novela de Gabriel García Márquez. En sus mismas palabras: el hombre de las dificultades.

Dionisio Aymará logra lo que todo cantor de Bolívar desea, un gran poema que alude problemas históricos, sociales y políticos sin derivar hacia el lenguaje panfletario ni a la consigna, virtud, ya lo dijimos, de los poetas auténticos. No solo llama, invoca y convoca al Libertador para, con él, establecer un diálogo entre el héroe y su pueblo, sino que a lo largo del texto le rinde tributo a la grandeza del hombre más grande de América:

Llevamos en lo profundo de los párpados
tu imagen recorriendo las soledades de Los Andes
tu estatura sobre los llanos proyectada
tu extendido corazón de gigante
que infunde nueva vida
a su país, nuestro país que gime y canta
con la piel abrasada bajo la llama del petróleo
y el hierro.

¿Por qué lejas andará Dionisio Aymar? ¿Qué cercanía nos aproximan al poeta? Es su poema, «Escúchanos, Libertador», que sin ser una línea recta, es la distancia más corta entre el poeta y nosotros, sus lectores. Es el Bolívar que palpita en un «alba escondida», en el que busca «lo que de humano hay en las honduras de tu carne y espíritu». Y al que encontrará en las luchas cotidianas de los pueblos de América.

MARÍA MERCEDES CARRANZA: Y SI DE PRONTO LA LLUVIA

... Y si tal vez algún día te sacudes la lluvia,
los laureles y tanto polvo

M. M. C.

En la interminable bibliografía sobre Simón Bolívar hay libros para todos los gustos. La apología hiperbólica no es menos extensa. A la adoración como oficio le han salido al paso los iconoclastas, igualmente de oficio, pero también aquellos que intuyen que el culto a la personalidad del héroe busca quitarle toda su carga subversiva y revolucionaria. Van ganando los cultistas, que son también ocultistas, hasta que se cumpla la sentencia de Neruda: «Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo».

Mientras llega ese despertar revolucionario, seguirán mandando las estatuas, el bronce y el mármol. El Bolívar petrificado se seguirá homenajando en las academias. Los escritores grandilocuentes continuarán perpetrando impunemente sus hiperpoemas de canto y llanto inmarcesibles. La deificación no se detendrá. El Bolívar divinizado es un Bolívar conveniente para la *Highb Society*, o como abreviaría Aníbal Nazon, para la «jai».

El partido clerical, vale decir, la jerarquía eclesiástica, tan fustigada por Bolívar y que destilara tanto odio contra el Libertador y su causa independentista, lo seguirá convirtiendo en ídolo literalmente, en figura de molde y barro, al lado del cual se puede incluso comulgar sin riesgo alguno. Más activo es el Bolívar de arcilla y acrílico de los santeros, brujos, hechiceros y afines, porque se le llama y el difunto atiende el llamado y se presenta y posee el espíritu y cuerpo de algunos de los invitados y si el médium es de los buenos, hasta dice algunas incoherencias con las que no habrá problema porque el espiritista tiene la suficiente preparación esotérica para traducir los balbuceos, grajeos, lenguas e idiomas del más allá. A esos altares también han elevado al héroe, con menos hipocresía que la que profesan las academias y las catedrales de las sombras.

Por estos rumbos va el poema de la poeta colombiana María Mercedes Carranza, titulado *De Boyacá en los campos*. Un título que pone a cualquiera en estado de alerta, temiendo que se trate de un panegírico a la Batalla de Boyacá o un himno a la gesta marcial. Pero nos salvamos, se trata de todo lo contrario. Carranza, lanza o pluma en ristre, sale a deshacer los entuertos que contra el Libertador han «cometido cofradías de damas adoradoras», coroneles sin el humor de Aureliano Buendía, casas de la moneda, discursistas de orden frente a las estatuas, retratistas, coleccionistas de estampillas, académicos petrificados y, ¡ay!, poetas empalagosos, reincidentes e insistentes, adictos a la contumacia.

Se inscribe el poema de Carranza en la línea de quienes buscan conectarse con un Bolívar de carne y hueso, humano, angustiado, en su laberinto. En el Libertador que sufrió traiciones y agravios. En el hombre de las dificultades que se crece en estos momentos. En ese Simón Bolívar cercano al pueblo. Hay en su poema un fino tono de ironía y humor, cuando la preceptiva oficial establece que al héroe de América hay que escribirle serio, solemne y, si es posible, cejjunto. Todo lo demás es una falta de respeto que Carranza se salta con desenfado.

La poeta deja una interrogante para quien la quiera responder: ¿qué pasará si tanta solemnidad, tanta apología y tantos panegíricos se caen, son develados? Pues, se quedarán sin discursos los académicos, sin musa los poetas sentimentales, sin laureles los coroneles de las coronas aniversarias y sin *cocktail* las cofradías de damas adoradoras. Toda esa legión de buenos y refinados espíritus se tornará perpleja y estupefacta frente al Bolívar de los pueblos, de carne y hueso. El que hizo Historia.

María Mercedes Carranza inicia su poema aludiendo la ubicuidad que ha adquirido el Libertador, en unos casos justa y merecida, en otros —no sabemos si los más— por el puro culto al héroe, cuando no, para cubrir la ineficiencia con su manto (estatuas, bustos, placas) o para publicidad y relaciones públicas de los explotadores de la imagen del Libertador:

Allí, sentado, de pie,
a caballo, en bronce, en mármol,
llovido por las gracias de las palomas

y llovido también por la lluvia,
 en cada pueblo, en toda plaza,
 cabildo y alcaldía estás tú.

Eso no está mal, que Bolívar esté en todas partes. Neruda lo tomó como una merecida honra al héroe en su extraordinario *Un canto para Bolívar*, en el que le dice: «todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada». Y esa morada es América. Carranza se refiere al culto a esas estatuas, retratos y placas, que sustituyen al verdadero Libertador, al Bolívar de carne y hueso y convierten sus representaciones escultóricas y gráficas en fetiches. La adoración no es solo a las estatuas, que le escamotean al pueblo su verdadero héroe; también está en discursos, poemas insufribles y retratos, si se puede decir, de un Bolívar sobreactuado y pasado de maquillaje.

Marchas militares con coroneles
 que llevan y traen flores.
 Discursos, poemas,
 y en tus retratos el porte de un general
 que más que charreteras
 lucía un callo en cada nalga
 de tanto cabalgar por estas tierras,
 y más que un físico a lo galán de Hollywood
 tenía el ademán mestizo de una batalla perdida.
 Centenarios de tu primer diente y de tu primera sonrisa.

Por supuesto, para la academia y la historia oficial no es edificante ni pedagógico hablar o escribir del callo en cada nalga y del ademán mestizo. Y no lo es porque esos callos hablan de más de cuatrocientas acciones de guerra, en las que, a lo largo de quince años, participó Simón Bolívar, y el ademán mestizo remite a la discriminación racial que marcó a la colonia como un hierro candente. La sociedad de los oligarcas que expulsó al Libertador y que, después de muerto, le retiró todos los honores y condecoraciones y los lanzó al fuego, nada quiere saber de ese Bolívar. Y viene una poeta a recordárselo.

Carranza no arredra su pluma. Enfila contra el culto exagerado al héroe. Por la vía de la adoración hiperbólica y en algunos

casos hipócrita han deshumanizado al Libertador, lo han deificado y, si cabe el término, fetichizado. ¿Qué pasaría si Bolívar baja de las estatuas y sale de los marcos de retratos sobremaquillados? ¿Qué ocurriría si escapa de las amarillentas fichas de profesores caletreiros? ¿Qué sucedería si abre las pesadas y oxidadas puertas de la Academia y sale a la calle? Eso ocurre, nos dijo Pablo Neruda, «cada cien años cuando despierta el pueblo». Y cuando ello acontece, no lo duden, estallan los procesos revolucionarios.

La poeta deja la interrogante, la pregunta abierta, para que cada quien le dé su interpretación y su respuesta:

Cofradías de damas adoradoras
y hasta guerras estallan
por disputarse un gesto tuyo.
Los niños te imitan
con el caballo de madera y la espada de mentira.
Te han llenado la boca de paja, Simón,
te han vuelto estatua,
medalla, estampilla
y hasta billete de banco.
Porque no todos los ríos van a dar a la mar,
algunos terminan en las academias,
en los pergaminos, en los marcos dorados:
lo que también es el morir.
Pero y si de pronto, y si quizás, y si a lo mejor,
y si acaso, y si tal vez algún día te sacudes la lluvia,
los laureles y tanto polvo.

Nada, si eso ocurre, es porque el pueblo ha despertado. Y cuando el pueblo despierta, sucede lo que tiene que suceder, como lo anunciara Pablo Neruda, sin «laureles» y sin «tanto polvo».

ANA MARÍA IZA: EL SUR DEL DOLOR

Guíanos al camino
donde duerme tu espada

A. M. I.

Con el tiempo, nuestra concepción de la vida y la percepción que tenemos de la gente y de las cosas va cambiando. El universitario o el adulto no ven igual su entorno como lo veía el liceísta, el adolescente, el escolar, el niño. Es lo que le pasa a la poeta ecuatoriana Ana María Iza (1941). Le ocurrió con el Libertador, el que le enseñaron en la escuela primaria y el que descubrió en la juventud, en las calles, en la vida. Su poema se titula «Carta al Libertador» y es un dolido canto que se resuelve en un llamado a Bolívar para que la guíe hasta su espada, en una disposición de cambiar las cosas, lo que ocurre en su patria. Un llamado a la rebelión para cambiar lo que se ha hecho intolerable en la sociedad. Cuando supera la etapa escolar, el mundo de afuera la impacta y la conmueve:

Libertador:
de niña te admiraba
con esa ingenuidad de los chiquillos,
te imaginaba repartiendo caramelos
y bolas a los niños.
Llevaba tu retrato entre las páginas
de la espiral sin sombras de mi vida.

Hasta aquí, el Bolívar percibido y asumido por una niña: el héroe bondadoso, repartidor de caramelos y bolas a los chiquillos. Pero la pequeña se hizo joven y salió a la calle. ¿Qué Bolívar encontró más allá del hogar y de la escuela primaria? Su «Carta» lo revela:

Un día salí a la calle,
se me dobló el corazón en una esquina;
pobres diablos y cristos la poblaban,
entre diablos y cristos se comían.

Ecuador es un país subdesarrollado, como todos los de la América Latina, aunque algunos de sus mandatarios se crean del Primer Mundo, parte del show de la demagogia y «máscara del poder», en palabras y libro de Luis Britto García¹⁰. Por más que la escuela quiera enseñarte otro país, su clase dirigente no puede esconder todas las calles y los barrios y los ranchos. La contradicción entre el país de la escuela y el de la realidad provoca un choque en la sensibilidad y en la conciencia. Es la historia que no nos enseñaron. Y que la poeta quiere contarle al héroe en su misiva. No es una carta a Santa Claus, es una epístola dirigida a Simón Bolívar:

Capitán:
 quiero contarte con mis propias palabras,
 —sin importarme lo que de mí se diga—
 cómo camina el mundo para abajo,...
 hacia el sur del dolor
 hacia la mina

Ese dolor y esa ruina existen al lado de la opulencia de unos pocos, de los avances científicos y tecnológicos y de todas las injusticias. ¿Se habla alguna vez en la escuela de la lucha de clases? ¿Se dan las verdaderas causas del subdesarrollo? ¿Se pronuncia la palabra «dependencia»? Ana María Iza sabe que la escuela nos escamotea al verdadero país en que vivimos. Peor todavía, nos escamotea la historia del país y la de la patria grande: América. La poeta, porque la auténtica poesía no miente, nos revela su país real y el mundo de inequidades en que vivimos:

Sabemos a saciedad que existe el cáncer,
 la bomba de hidrógeno
 y el hambre;
 que la injusticia es una larga soga
 y que por eso desde la madrugada,
 se puede ver al hombre recogiendo
 virutas incendiarias,
 amontonando chamizas en el cuerpo,

¹ Luis Britto García, *La máscara del poder. Del gendarme necesario al demócrata necesario*, Alfadil - Trópicos, Caracas, 1988.

levantando patíbulos sangrientos
en la mitad del alma.

Esos «patíbulos sangrientos / en la mitad del alma» son la pobreza, la exclusión, la explotación del hombre por el hombre, la marginalidad, «los olvidados de la tierra», la desigualdad, las discriminaciones de cualquier tipo, los ranchos, las favelas, las villas miseria, el lumpenproletariado y el odio y el miedo que siembran e inoculan los medios de comunicación de masas. Aquí la poesía clama por el Libertador, por un Bolívar vivo que acabe con las injusticias, porque entre esos seres preteridos, allí está para Iza el héroe de los pueblos.

Bolívar:
Tú no has muerto
estás en donde falta un pan,
un lápiz,
una casa.
Regresas a nosotros
en el blanco caballo de las nubes
y te pones en las listas del quebranto.

La poesía de Iza tiene la brillante sencillez de las cartas enviadas a alguien que nos es familiar, a pesar del respeto que le profesa al héroe: «Mi voz desconocida te saluda / de estudiante de sombra / a maestro de luces infinitas».

El modesto y para muchos olvidado género de la epístola es el recurso al que recurre la poeta a la hora acercarse (escribir) al Libertador. Por eso lo trata de vos. Y casi sin imágenes logra un poema conmovedor y profundo. Por virtud de su pluma o su lápiz, nos entrega un Bolívar humanizado y solidario, justiciero y vivo, que está dondequiera que se cometa una injusticia, para decirlo con Ernesto «Che» Guevara. El Bolívar que, hecho pueblo, ha de regresar a completar su obra. Pero no se trata de esperar y tejer, como Penélope. El pueblo ha de luchar y combatir, si quiere que el Libertador esté a su lado. Si despierta, tendrá al héroe a su lado. Y la poeta está dispuesta a que el Libertador la guíe para los combates que vendrán. No le pide que encabece la lucha, sino que conduzca su pueblo a donde está su espada libertaria:

Capitán:
Por los hijos de los cargadores
que se llaman BOLÍVAR
y que quieren ser «grandes» cuando grandes
guíanos al camino
donde duerme tu espada.

Son muchos los poetas, Huidobro entre ellos, que piden al Libertador se cña de nuevo su espada, o que lleve al pueblo hasta el arma heroica que liberó tantos pueblos. Al leer este poema epistolar, recorreremos las etapas de la vida de Ana María Iza. Ella va cambiando como va cambiando su concepción del héroe. Ecuador es un país de desigualdades e injusticia y Bolívar ha de estar donde falte el pan, el lápiz, la casa. Debe descender del mármol y el bronce y tomar el lugar que le corresponde como Libertador, al lado de «los olvidados de la tierra». Ecuador, hoy, busca el camino de la aurora, del alba que tanto le escondieron.

ALÍ PRIMERA: VAMOS A SU ENCUENTRO

La Patria es una mujer
y él regresó para amarla

A. P.

La última vez que te esperé bajo las nubes de Calder, en tu querida Aula Magna, llegaste sin tu cuatro, envuelto en el tricolor nacional, la bandera que siempre defendiste cuando defender los símbolos patrios granjeaba el apóstrofe de cursis, en el menor de los casos. La mañana era de sol radiante, como las mejores mañanas del «Bella Ciao». La atmósfera estaba cargada de un extraño presagio, con una sensación de despedida y hasta luego.

¿Hasta luego, Alí? ¿Cuándo vuelves? Nunca habías cantado tanto como en estos tiempos de revolución. Trascendiste los círculos estudiantiles e intelectuales, campesinos y obreros y tu voz llegó a todas partes. Cómo será, que las emisoras y televisoras que te vetaron en vida, hablaron de «rescatarte» y hasta pusieron canciones tuyas en la plaza Altamira, en días de la ignominia. No te soportaron mucho, tus letras eran, son demasiado incómodas para los oídos de militares felones, civiles fachos, magnates mediáticos, empresarios de la golpista Fedecámaras. ¡Déjenselo a los chavistas!, más que gritar, imploraron.

¿Cuándo vuelves? La pregunta es una provocación a quien sabemos entre nosotros. Y es una provocación incluirte en este diálogo. Pero si incluimos a los grafiteros y las consignas estudiantiles y las cantatas en la Tierra de Nadie, ¿cómo dejar afuera al cantor del pueblo? ¿Cómo callar al cantor? Tú mismo nos dirías: ¿Quién me saca de esta fiesta? ¿Quién es más bolivariano que yo? ¿Quién se atreverá a silenciar las cuerdas de mi cuatro? ¿Quién osará silenciar mi guitarra?

¿Hasta luego, Alí? Cuando se hablaba de canción-protesta, de canción-necesaria, tú hablaste de la «canción bolivariana». Y empezabas tus actos cantando el Himno Nacional y a los que como tú invocaban al Libertador, los cultos ocultistas contra el culto a Bolívar los acusaban del pecado de la cursilería. No querían al Bolívar de las estatuas ni al del panteón ni al de ninguna parte. Lo querían muerto

definitivo, pero los libertadores, como lo dijo Miguel Ángel Asturias, «no mueren, cierran los ojos y se quedan velando».

¿Cuándo vuelves, viejo amigo? La otra noche, una noche opaca, me asomé a tu Aula Magna en tiempos neoliberales. La Ciudad Universitaria estaba repleta de limusinas y lujosas 4x4 y me asomé al cielo de Calder a ver qué tanto jolgorio era ese. Cobraban buenas entradas para presenciar los chistes malos de un humor reaccionario y falaz, con un teatro barato de telonero y me fui a la Tierra de Nadie a susurrar tus canciones y a preguntarme: ¿Qué está pasando aquí?

¿Hasta luego, Alí? Con tu cuatro terciado, allí llegabas tú, a nuestra Aula Magna, a cantarle a una juventud aguerrida, estudiosa y perseguida. Todavía andamos buscando, viejo, el cadáver de Noel Rodríguez, nuestro paisano de El Tigre al que hasta el sol de estas letras no hemos visto más. Allí escuchamos y aplaudimos a rabiarse al Mohammad Alí que se negó a ir a la guerra de Vietnam. ¡Oh, tu canción al camarada Ho Chi Minh, al Tío Ho! Allí escuchamos, en su inmensa estatura física y literaria, a Julio Cortázar; allí oímos a Pablo Neruda y a Mikis Teodorakis y a Astor Piazzola y a Nicolás Guillén y vimos al Music Hall de Leningrado y a ti, cuántas veces, Alí. En tu aniversario y el del Che, allí fui presentador de sueños. Y ahora, tu Aula Magna al servicio del mejor postor y el peor teatro. ¡Dios salve a Carlos Raúl Villanueva!

Y se me ocurre esto de poner a dialogar a los poetas que esperan a Bolívar y cae en mis manos tu «Canción Bolivariana», donde de tu puño, letra y música pones al Libertador a dialogar con un niño de Venezuela, un chamito, o como lo dices tú, un carajito. Y a una interrogante del niño preguntón, dices:

Hay razón en lo que dices
yo frente a Simón Rodríguez
juré liberar a mi patria
y tal vez por inocencia
no la soñé gobernada
por indignos de mi herencia

Y por ahí se va la cosa, Alí. El niño de Venezuela le sigue preguntando al padre de la Patria y un atento Bolívar le responde:

Toma mis espuelas
 que hay que jinetear de nuevo
 tú te vas de pueblo en pueblo
 a despertar a la gente
 que alcen más y más la frente
 para merecer la gloria
 de hacer de nuevo la historia
 liberando al oprimido
 que si el pueblo está dormido
 nunca ganará la gloria

Para que Bolívar despierte, debe despertar el pueblo. Así lo cantó Neruda. Y así lo dice el Libertador del que tú anuncias su regreso. Y por boca del prócer abogas por la unidad del pueblo: «que si la lucha se dispersa / no habrá victoria popular en el combate».

Para el retorno del héroe, creaste un «Sangreo para el regreso». Te sumas a los poetas, tú como cantautor, que esperan el retorno del Libertador. Pero también tienes claro que ese regreso lo garantiza el despertar del pueblo y su toma de conciencia revolucionaria, uno por lo otro. El que regresa no es un Libertador a regodearse con su obra y su gloria, sino un Bolívar que viene a luchar contra una nueva colonización, el neocolonialismo impuesto desde otro imperio:

Dicen que Bolívar trae
 furia y coraje por dentro
 al ver que nos han quitado
 lo que él dejó siendo nuestro

La furia del Libertador, como la de los héroes y los dioses, es terrible. Recuerden, si no, el «Decreto de Guerra a Muerte». Pero en tu canto el prócer no solo está furioso con el nuevo imperio, sino también con quienes no hemos sabido conservar y profundizar la Independencia que nos legaron sus luchas, días sin descanso ni tregua, noches insomnes:

Dicen que viene caliente
 por nuestro comportamiento

al dejar caer su espada
y también su pensamiento

En cuatro versos, Alí, la historia nuestra, con la división de la Gran Colombia, la Guerra Federal, las montoneras, los caudillismos, las largas dictaduras, la entrega del petróleo y el hierro, la democracia representativa de las apariencias, las nacionalizaciones chucutas. Así cayó su espada, así nos apartaron (nos apartamos) de su pensamiento.

Pero Bolívar luchó por la vida y el amor, por la unidad y la unión. Y ese amor también marca su regreso, el de tu sangueo:

Dicen que viene a caballo
pero trae en la gualdrapa
un arsenal de cariño
para sembrar en la patria

La patria es una mujer
y él regresó para amarla...

Y tu reiterada invitación, Alí: «Vámonos pa'allá, vamos a su encuentro». Sí, no esperemos pasivamente, salgamos a su encuentro.

Y el sol de los venados que alarga su sombra. Y las manos junto a otras manos y otras manos, como lo anunció Pablo Neruda. Y el Aula Magna de nuevo abrigando la canción bolivariana. Y el tricolor tremolando en la Tierra de Nadie. Y una pareja de estudiantes jurándose secretos bajo el reloj. Es la hora de los hornos, Alí. Tu canción zigzaguea por el Jardín Botánico y retumba en los caminos y se hace eco heroico en las montañas agrestes de El Bachiller. ¡Qué de tu furia cuando no te escuchaban, qué de tu amor en quinientas canciones, qué de la madrugada y el asalto al cielo. Qué de Sol, qué de la luz, qué de la noche zimbrada en un pistoletazo! ¡Vámonos pa'allá, Alí, camarada, vamos a su encuentro!

CÉSAR RENGIFO: LA ESPIGA EN CARABOBO

¡Dame tú, capitán, que al sur llevas el alba!

C. R.

La poesía de César Rengifo está en su dramaturgia, su pintura y no solo en sus libros de poemas propiamente dichos. Está en su vida. Una metáfora suya ilumina el título de este ensayo. La tomamos de su pieza teatral titulada *Esa espiga sembrada en Carabobo*. Para el autor, la batalla que selló la Independencia de Venezuela es producto de todas las rebeliones y batallas pasadas y todas las que vendrán; explosión que rompió un orden y fulgor que ilumina un camino; punto de encuentro de todos los guerreros que desde la conquista marcharon hacia el campo de Carabobo.

En este libro convocamos a los poetas que esperan o invocan a Simón Bolívar. Estos autores imaginan a un Libertador que trasciende su tiempo y viene del pasado al presente. En la citada obra de Rengifo los luchadores por la libertad que antecedieron al prócer, viajan al futuro para luchar a su lado en la Batalla de Carabobo. Allí confluyen todos los combates y sacrificios pasados para sembrar la espiga que germinará por siempre, para que por siempre nuestros pueblos sean libres.

La espiga es el tiempo y viceversa. Nada es estático, todo germina. Si César Rengifo hace en su cantata confluír todos los tiempos en el tiempo de la Batalla de Carabobo, el mismo Simón Bolívar hurga en el pasado, el presente y el futuro en su poema —¿me permiten calificarlo así?— «Mi delirio sobre el Chimborazo».

Alí Primera canta que «los que luchan por la vida no pueden llamarse muertos». César Rengifo nos dice, por boca de un soldado, en su pieza teatral: «¡Y no olvidés tampoco que cayó en Carabobo / Y nadie allí caído nombrando a Venezuela / Lo amortaja el olvido, ni para siempre es muerto!».

En la batalla de nuestra Independencia el pasado dice presente y la muerte es trascendida. Allí están en carne y hueso los soldados de Páez, Cedeño, Plaza, bajo el mando y genio de Simón Bolívar. Pero no solo ellos. También están, en el cantar de Rengifo:

«¡Los grandes héroes muertos que venían a combatir también en Carabobo!».

Frente al Libertador desfilan los héroes y guerreros de todo el continente que lo antecedieron: Guaicaipuro, Tiuna, Apacuana, Cuaricurián, Cuauhtémoc, Caupolicán, Túpac Amaru, Negro Miguel, José Leonardo Chirinos, Pedro Camejo, Gual y España, Miranda, Joaquina Sánchez. Es Túpac Amaru quien le dice: «¡Tú nacías Bolívar el año de mi muerte!».

Este encuentro entre el guerrero inca y el Libertador, más allá de los tiempos y de las muertes, sintetiza las luchas por siempre de los pueblos por su libertad y hace reales las invocaciones de los poetas que llaman a Bolívar a nuevos combates y nuevas batallas. José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, en el texto de Rengifo le dice al prócer:

¡Por eso estoy aquí, presente en Carabobo!
 ¡Y he de decirte hoy que nunca has de dormir,
 Bolívar, ni descansar, Bolívar!
 ¡Tu imagen, tu palabra, tu corazón
 Han de estar sobre América despiertos
 Para siempre!

Es precisamente lo que en su «Credo» reza Miguel Ángel Asturias, porque los hombres «como Tú, Libertador, no mueren, cierran los ojos y se quedan velando». Invocar a Bolívar es convocar al pueblo. En la pieza de Rengifo este desfila con sus nombres comunes, o sin nombres, porque fue ese pueblo el que hizo posible la victoria de Carabobo, desde mucho antes de librarse la batalla. Y también el que garantiza que la victoria no se pierda con el paso del tiempo. Así lo dice el poeta con su forma de decir:

¡Mientras en ella quede un blanco con cadenas,
 Un indio con espinas, un negro maniatado,
 Un pobre de hambre yerto,
 Tu espada ha de seguir,
 Bolívar,
 Sobre el fuego!

La espada sobre el fuego es el arma en batalla permanente. Los poetas le piden al Libertador que la tome de nuevo o que los conduzca adonde la tenga, esa «espada color lluvia bienhechora», en el canto de Vicente Huidobro. César Rengifo la invoca por voz de los héroes y guerreros que antecedieron a Simón Bolívar en la larga lucha americana contra la conquista y el colonialismo.

La espada sobre el fuego es la espiga sembrada en Carabobo, pero no plantada en tierra estéril. Una voz femenina, en la cantata de Rengifo, pregunta al Libertador:

¡Dime tú, capitán. Que al sur llevas el alba!
 (...)

Dime tú, conductor de sueños y de soles!
 ¡Si está viva, si brilla, si canta hacia la vida
 La espiga que tu pueblo sembrara en Carabobo!

Es el pueblo el que sembró la espiga en el campo donde se libró la batalla de Carabobo. El pueblo de Rengifo es el mismo de Neruda en cuyo despertar despierta el héroe. Y es ese pueblo el que mantiene la espada sobre el fuego.

Y esta, «la espada sobre el fuego», es «la patria en llama sagrada», como la llamó el presidente Hugo Chávez en su última proclama, la noche del 8 de diciembre de 2012, es «la patria en fuego sagrado». Por la preservación viva de ese fuego, los poetas le cantan al Libertador Simón Bolívar.

TRES MAJADEROS Y UN DELIRIO

(...) este manto de Iris que me ha servido de estandarte
ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales (...)

SIMÓN BOLÍVAR

I

La figura de Bolívar y su epopeya no dejan de tentar (e inspirar) a poetas, narradores, dramaturgos y demás escritores de la comarca y más allá de esta. Pero también sus frases, discursos, juramento, proclamas y delirio, motivan la pluma y la vena poética de los hombres y mujeres de letras. El riesgo se asume, a veces con plena conciencia de la dimensión del reto; a veces, con primorosa ingenuidad. Si el delirio del Libertador inspiró al poeta dominicano, J. B. Lamarche, a escribir «El delirio sobre el Chimborazo» y al ecuatoriano Pablo Vela, «El soñador del Chimborazo», no menos fortuna literaria ha tenido su frase: «Jesuscristo, Don Quijote y yo somos los tres grandes majaderos de la Historia».

El poeta venezolano Jorge Schmidke hace esencia de su poema «Los tres majaderos», la célebre frase del Libertador. Leamos in extenso el soneto de Schmidke:

Habló Jesús: —Mis pláticas divinas
Las dije en el Sermón de la Montaña:
Y el pueblo de Judá, con torpe saña,
Me alzó en la cruz, me coronó de espinas.

Y el Quijote: —Por llanos y colinas,
Espejo y flor de la galante hazaña,
Iba exaltando la virtud de España:
Y fui blanco de burlas peregrinas...

—Grandeza y redención, con firme brazo,
(dijo el creador de nuestros patrios fueros)
Llevé del Orinoco al Chimborazo:

Y me armó la traición golpes arteros...
 ¡Y confundidos en estrecho abrazo
 Rompieron a llorar los Majaderos!

Jorge Schmidke crea un diálogo entre los tres personajes por virtud de la poesía. Jesucristo es un personaje bíblico; Don Quijote, ficticio y Bolívar, histórico. Pero los tres habitan la realidad cotidiana por su grandeza y, también, por su destino trágico. Quizás, en el soneto de Schmidke, demasiado trágico. En el último terceto, los tres grandes majaderos, luego de escuchar por boca propia el destino de cada uno, echan a llorar. Difícil de asimilar el último y sentimental verso, por la ascensión de Jesús de su apostolado, por la convicción de su destino justiciero de Don Quijote y por crecerse en las adversidades de Simón Bolívar, el hombre de las dificultades.

Udón Pérez también escribe un soneto a los tres grandes majaderos, en el que la tristeza y la amargura marcan la pauta. Bolívar no triunfó, pero tuvo esa ilusión. Todo fue un delirio. Luego, Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho fueron quimeras. El imperio español, al parecer, se aburrió y se fue de sus colonias. Demos la palabra a Udón Pérez en su poema «Al soñador de la Gran Colombia».

Fuiste como el Quijote un visionario.
 En tu corcel y de tu espada al bote,
 quisiste con arrojo temerario
 agravio deshacer, como el Quijote.

Fuiste como Jesús: con libertario
 verbo humillaste a escriba y sacerdote;
 y el mercader que profanó el santuario
 sintió en su espalda tu agresivo azote

¿Triunfaste? Fue ilusión. Duro destino
 tu acero quebrantó contra un molino;
 puso en tu faz el beso de Iscariote.

Y a la vez redentor que visionario,
 moriste cual Jesús, en el Calvario,
 con la amarga tristeza del Quijote.

No es objeto de este trabajo analizar lingüística y literariamente los poemas incluidos en este ensayo. En este caso, hacemos seguimiento a los escritores que se inspiraron en una frase, delirio, juramento o proclama del Libertador. Llama la atención que los poetas inspirados por la frase de los tres majaderos, hagan esfuerzos inauditos y rimados para unirlos en un destino trágico, triste y amargo. Jesús dividió la historia de la humanidad, al menos la occidental, en un antes y un después de su vida, casi nada. El Quijote saltó de las páginas cervantinas y asaltó la vida cotidiana de la gente. Medio milenio de vida literaria lo hacen más presente en escuelas, academias, universidades y librerías. Y Bolívar alcanzó la inmortalidad y libertó cinco naciones.

II

«Mi Delirio sobre el Chimborazo» también inspira a los poetas. Se trata de un texto sorprendente en la abundante producción escritural del Libertador. Difícil ubicarlo en un género específico. Poema en prosa, cuento fantástico o simple nota de un estado febril, cada quien da su clasificación. Algunos asoman que fue escrito por Bolívar en un momento de trance, lujo que no se daba —caer en trance—, hombre tan realista. Pero si el héroe americano tuvo momentos de sueños grandiosos, por ejemplo, que el istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos, y que todo el Nuevo Mundo se convirtiera en una sola nación con un solo gobierno, él mismo se adelanta a enumerar las causas que hacen ese sueño imposible.

Sin embargo, Bolívar fue lector voraz y la creación literaria no era ajena a sus lecturas. En «Mi Delirio...», para nada exagera el tamaño de su gloria, está consciente de su lugar en la historia, incluso, en la inmortalidad. Esa dimensión puede trastornar a cualquier ser humano. El Libertador lo que hace es contrastarla con el Tiempo, «padre de los siglos, arcano de la fama y del secreto, hijo de la eternidad, más poderoso que la muerte». Este contraste de su gloria con el poderoso Tiempo, le da al hombre su verdadera dimensión, lo hace realista en medio del delirio. Y el delirio termina cuando la realidad, que en este caso es la voz de Colombia, lo llama. Entonces, «resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio».

Miren, cuidado si «Mi Delirio sobre el Chimborazo» no es el texto más realista y humano de los muchos escritos por el Libertador. Leámoslo con atención y precaución.

El poeta ecuatoriano Pablo Vela acude al soneto, como lo hizo también Schmidke, y en justicia literaria transcribimos completo el poema titulado «El soñador del Chimborazo».

Entre laureles de oro nació como la gloria;
vivió como los héroes de homérica leyenda...
Y un día, paso a paso, más grande que la senda
de su Epopeya, quiso lograr otra victoria.

El mundo miró, entonces, ¡asombro de la Historia!
luchar a dos colosos en máxima contienda:
Bolívar, hombre-cima de cúspide estupenda,
y, el otro, nunca hollado por planta transitoria...

Más por su audacia el Genio ganó la cumbre huraña,
y allí fue cuando el viejo de la sin par guadaña
le dijo sus secretos y se perdió en la bruma...

Mientras el ave insigne —de gola como lirio—
testigo de la escena, le dio la mejor pluma
para escribir el trance del inmortal Delirio.

Es obvio que el soneto de Pablo Vela recurre a la figura retórica de la hipérbole. Bolívar pudo nacer en cuna de mantuanos, pero ni su vida y mucho menos su muerte fueron «laureles de oro». El símil con los héroes homéricos es hiperbólico. ¿Con quién compararlo, con Héctor, muerto por Aquiles, o con este y su vulnerable talón, además de estar atado al destino de su víctima? Estos fueron semidioses con una vida y un fin predestinados. Tampoco cabría la comparación con Ulises, aunque algún poeta igualó el destino y vida de Venezuela al de Penélope. Demasiados muertos tuvo el país en la larga Guerra de Independencia, como para cantarla en un tejer y destejer hasta el regreso del héroe. Venezuela no esperó el retorno del prócer, lo acompañó en todas las batallas. De todas formas, el poema de Vela es un tributo a «Mi Delirio sobre el Chimborazo».

También es un tributo al texto bolivariano el poema titulado «El delirio sobre el Chimborazo», del dominicano J. B. Lamarche. El texto está dividido en tres partes, con los intertítulos de «Invocación», «El héroe» y «El Delirio». Al parecer, al escribir sobre Bolívar, la hipérbole es inesquivable. Puede explicarse por el intento de los poetas de llegar a la estatura histórica y a la gloria del Libertador. La antigua Grecia y Homero siempre están a la mano. Por eso el poeta le dice al héroe: «se alza mi canto, ardiendo en llama pura», o: «donde habita tu genio sobrehumano», o: «te confundes con el mito griego».

No varía mucho en el uso de la hipérbole el ecuatoriano Medardo Ángel García, en su largo poema «Bolívar y el tiempo», tributo también a «Mi delirio sobre el Chimborazo». Hemos de destacar que estos poetas nacieron a finales del siglo XIX o en las primeras décadas del XX. Este era el tenor de la poesía de su tiempo, aunque ya los llamados «poetas malditos» andaban por allí. La irreverencia de una María Mercedes Carranza o de una Ana María Iza estallarían décadas después.

III

Ese extraordinario ensayista y novelista que fue Rufino Blanco Fombona, imbuido de modernismo (no se es amigo de Rubén Darío impunemente), le escribe al juramento del joven Bolívar en el Monte Sacro. El poeta Gustavo Pereira no duda del juramento, pero sí del texto que del mismo nos llegó. No entraremos en esa polémica.

Registremos para cerrar este paréntesis que los poetas le han escrito a la camisa del Libertador, a sus estatuas, a su caballo y a sus retratos. Es comprensible. Todo lo que hizo, usó, proclamó Bolívar, es susceptible de hacerlo poesía, con mayor o menor fortuna. También es motivo de inspiración su galantería y su afición al baile. Es el destino del Libertador. Es su gloria.

ESCRIBIRLE A BOLÍVAR

No escondas los secretos que el cielo te ha revelado;
di la verdad a los hombres

SIMÓN BOLÍVAR

«**U**nta sol en mi voz, sol de tu corazón», le pide Enriqueta Arvelo Larriva a Simón Bolívar. Unta luna de tu corazón en mi voz. Solo así, la poeta podrá cantarle al héroe. Tiene conciencia la escritora de la magnitud del compromiso literario que asume para dedicar un poema, un canto, un himno, al hombre de las dificultades. Escribir sobre personajes históricos, heroicos o bíblicos, entraña demasiados riesgos. Siempre se teme que lo escrito no esté a la altura de quien es motivo de nuestra lírica.

Algunos autores, con autenticidad unos o con falsa modestia, otros, se disminuyen y le preguntan al Libertador: ¿quién soy para escribirte?, pero le escriben. La literatura lírica sobre Bolívar da para varios tomos. No podía ser de otra manera. La magnitud de la obra y trayectoria del prócer son, también en la literatura, «el rayo que no cesa». Se entiende entonces la dimensión del reto de quienes se sienten impulsados a cantarle al héroe, su vida y la herencia que nos legó.

La poeta Juana de Ibarbourou habló de la vergüenza que aprisiona a quienes asumen el reto, sin tener con qué, de cantarle al Libertador: «Avergüenza decir: “Voy a hacerle un himno a Bolívar”. / ¡Es tan menguada la voz de los hombres / Para alzarla en el elogio de los héroes!».

Para Ibarbourou, solo Rubén Darío tenía las dotes para escribir un himno al Libertador. En el poeta nicaragüense confluyen sensibilidad, talento y desbordada imaginación creadora; sin embargo, Darío murió sin escribir ese himno y la poeta se lo reclama. Ante el silencio del vate, el canto lo harán las fuerzas de la naturaleza, los océanos, los ríos, las cordilleras, el huracán. Y a los hombres y mujeres de América solo les queda escuchar ese canto telúrico y torrencial porque será «el himno que ninguno de los poetas / fue capaz de concebir para su General».

El poeta venezolano Pedro Rivero, en su soneto «Bolívar», asume el reto porque sabe que sus versos están tocados por la estrella del Libertador, él sería un escogido o lo sería su inspiración. Así abre su soneto:

Mi admiración se espacia en tu universo.
ante tu huesa mi fervor se exalta.
Y la estrofa por ti sube más alta
porque tu estrella es numen de mi verso.

En «Al pie de la estatua», el vate colombiano José Asunción Silva aconseja no cantarles en las horas buenas, sino al Bolívar de los momentos graves, difíciles, cuando la derrota es el resultado de las acciones patrióticas:

(...) no, no lo cantes en las horas buenas
en que, unido a los vítores triunfales,
vibró en su oído el son de las cadenas,
que rompió, de los tiempos coloniales:
cántalo en las derrotas,
en la escena de grave desaliento
cuando sus huestes considera rotas
por las hispanas filas,
y perdida la causa sacrosanta (...)

Es el criterio de José Asunción Silva, discutible sin duda. De cierto, en la abundante bibliografía poética del Libertador, encontramos poemas para todos los gustos, dirigidos al Bolívar victorioso, al derrotado, al galante y al que delira sobre el Chimborazo; al Bolívar muerto y al que vendrá, no como Jesús, a juzgar a los vivos y a los muertos —ya lo dijimos—, sino a darle su independencia definitiva a Nuestra América, donde le quedó mucho por hacer, en las sencillas y profundas palabras de José Martí.

Lo que Juana de Ibarbourou cuestiona a los poetas, Miguel Otero Silva lo hace en los escultores, empeñados en dar vida en el bronce y el mármol al espíritu y aura del Libertador. Escribe el poeta y narrador venezolano: «Bronces y mármoles no han logrado plas-

mar en su inquietud / la vital sombra muerta, / porque la tempestad no puede ser tallada».

Lamentablemente, Otero Silva no está entre nosotros. Los escultores bien podrían preguntarle: «¿Y esa tempestad sí puede ser escrita?». Ibarbourou piensa que no, excepto que lo hubiera hecho y no lo hizo el gran Rubén Darío. El poeta argentino Carlos Guido y Spano sostiene que el verso débil, aun con rima, no es el mejor camino para cantarle al héroe: «No flébil verso en cadenciosa rima / Cante su gloria que al cénit se encumbra; / La voz del mundo entonará el Hosanna (...)».

El poeta venezolano José Antonio Maitín está consciente del compromiso que asumió cuando se atrevió a escribir un poema al Libertador, bajo el confeso título de «Desahogo patriótico». Le confiesa al héroe que él, Maitín, debería guardar silencio, pero sigue adelante, al impulso de su vena lírica:

Bolívar, ¡oh!, perdona si te nombra
 quien a cantar tus glorias no se atreve;
 mi raquílica voz, ilustre sombra,
 morir sin duda en el silencio debe.
 (...)
 En vano mi arpa resonar desea;
 no te puedo cantar, genio del mundo;
 Al intentar la espléndida tarea
 en mi nada ¡infeliz! me aniego y hundo.

El poeta Maitín parece darle la razón a Ibarbourou, lo que no le impide escribir su poema, un poema sentido y emotivo. En verdad, algo más que un desahogo.

El escritor cubano José María Heredia no cree mucho en quienes afirman que un simple mortal no puede cantarle al Libertador. Como debe ser, emprende su poema titulado simplemente «A Bolívar», con seguridad y convicción. Y que lo juzgue Dios:

¡Libertador! Si de mi lira
 jamás el eco fiero
 al crimen halagó ni a los tiranos,
 escucha su himno de loor, que inspira

ferviente admiración. Alto, severo,
 será por siempre de mi voz el tono.
 Sí, columna de América; no temo
 al cantar tus hazañas inmortales.
 Que me escuchen los genios celestiales
 y juzgue el Ser Supremo.

Es obvio que Heredia, quien puso a Dios como juez, no da mucha importancia al juicio de los mortales. Su poesía apunta más lejos: a los genios celestiales. Y al Ser Supremo para que dicte su sentencia sobre su canto. No es malo: escribir pensando en los críticos terrenales y en los lectores, puede paralizar. Heredia no padece de esas preocupaciones.

El poeta venezolano Julio Zerpa (1910) piensa que a la palabra, como al vino, hay que dejarla añejar. Los años nos van deparando una lectura distinta de lo que escribimos. Hay escritores precoces, cierto, pero son la excepción. Escribir, reescribir, volver a escribir, parece ser el secreto para llegar a la palabra cierta, a la frase certera, a la metáfora honda y auténtica. Si no lo logramos, al menos lo intentamos. Zerpa, en su «Canto a Bolívar», lo confiesa ante el héroe: «Esperaba tener madura la palabra / para darte mi canto, padre Libertador!».

Sin embargo, si no solo de pan vive el hombre, igualmente, no solo de palabra vive la poesía. ¿Saben que hay un alma en el poema? Un aura, una atmósfera, una espiritualidad, un *elan*. Zerpa lo sabe:

Pero no basta la palabra sola.
 Hace falta mucha fuerza de espíritu,
 mucha fe en tu misión de redentor
 crucificado sobre la misma tierra que todo te lo debe.

Zerpa tiene sus precauciones y también conoce las exigencias. Consciente está de cómo debe ser el verso para cantarle al héroe. Con todo, es un compromiso ineludible de los poetas que sienten el llamado de la patria y de la historia, de los héroes: «¿Quién que es poeta y canta, / oh, Padre, no te debe / el decir sus estrofas limpias de toda mancha?».

Estrofas limpias de manchas. Se escribe fácil, cuán difícil es encontrarlas o lograrlas. Es la angustia de los creadores, esa búsqueda incesante de la palabra exacta. El Libertador, autor de tantos tex-

tos y de tan amplia cultura, conoció de esa angustia y del valor de la palabra. En su escrito de 1825, *La instrucción pública*, escribió: «Habrà quien diga que los nombres no influyen; ¡pero la experiencia prueba que obran directamente sobre nuestros juicios! ¡Cuántas querellas, disputas y guerras solo por un término!¹».

La palabra poética la buscan los creadores en las musas, en la naturaleza o en el espíritu de los héroes. Es el caso del humanista venezolano Joaquín Gabaldón Márquez (1909), quien en su *Canto*, le pide al Libertador: «¡Desciende sobre mi voz entrecortada / tú, que alzaste al Ande la tuya, clara como un clarín!».

¡Clara como un clarín! Es inevitable la remembranza de los «claros clarines» de Rubén Darío, grande poeta de Nicaragua y nuestro, de esta América mestiza. Gabaldón pide a Bolívar que descienda su soplo infinito sobre su voz entrecortada:

Infúndeme el aliento de tu soplo infinito
De tu soplo creador
De tu soplo que se ha dormido sobre el mar
Bajo la inmensa noche del mundo.

Son opiniones, escritas y exteriorizadas desde el mismo poema, expuestas por los poetas. Reconocen la exigente y, para algunos, imposible tarea de cantarle al Libertador de cinco naciones, al dominador de los Andes, al del juramento en el Monte Sacro y «Mi delirio sobre el Chimborazo»; al que tuvo a sus pies los umbrales del abismo. Piden inspiración, no a las musas, como los poetas de la antigüedad, sino al mismo Bolívar, o en no pocos casos, a las indómitas fuerzas de la naturaleza: volcanes, ríos, tempestades, cordilleras, profundidades de la tierra. La palabra poética rozó, como el prócer de su canto, «los umbrales del abismo», recorrió «sobre regiones infernales» y subió al «atalaya del Universo», para rendir el tributo de la poesía al excelso dominador de los Andes. Los poetas no araron en un mar de palabras, imágenes y metáforas. Ellos nos entregaron excelentes creaciones líricas, dignas del Héroe. Dignas de Simón Bolívar.

¹ Simón Bolívar, *Antología*, Minci, Colección Palabras Esenciales, 2009, Caracas, p. 26.

EPÍLOGO

Llego como impulsado por el genio que me animaba,
y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento;
tenía a mis pies los umbrales del abismo.

SIMÓN BOLÍVAR

I

Viajamos, como Humboldt, a las regiones equinociales de la poesía. Fuimos más allá. Asumimos el reto de hurgar en las creaciones poéticas que tienen al Libertador como fuente de inspiración y motivación. Por arte del ensayo, pusimos a dialogar a poetas de distintas épocas, escuelas y corrientes. Nos inmiscuimos en ese diálogo y formamos parte de la conversación. Conocimos de la irreverencia y el desenfado, de la solemnidad y el respeto ante el héroe. Alguna vez, la sonrisa distendió nuestros labios; otras, nos colocamos en estado de alerta, atraídos por los umbrales del abismo. Si la poesía es un milagro, analizarla es casi una profanación. Nos arriesgamos.

Con las palabras anteriores iniciamos este largo viaje lírico en el que leímos a los poetas que se quedan en la evocación del héroe y en su glorificación. Dialogamos, en la distancia y en el tiempo, con quienes invocan al Libertador para que de nuevo se ciña su espada o nos conduzca hasta donde está su arma de combate. Escuchamos a los poetas que esperan a Simón Bolívar y están convencidos de su regreso. No se trata de una evocación del mito del eterno retorno, ni de que nuestros pueblos sigan en una etapa infantil o adolescente de su evolución y necesitan un padre, como sostiene la derecha transaccional. Es una espera realista, dialéctica, con base en la historia de nuestra América Latina, esa vasta región del continente que sigue con las *venas abiertas*, en las sabias palabras de Eduardo Galeano.

Que se cuestione el culto a Bolívar está bien, pero no lo está que de allí se haya pasado al extremo opuesto: la negación del Liber-

tador y el supuesto anacronismo y pérdida de vigencia de su pensamiento y de su ideario político. La espera de Bolívar es una metáfora que entronca con la historia. La de América Latina, después de la Independencia, no ha sido otra que la de la entrega de nuestras riquezas y materias primas al capital imperialista. El neocolonialismo es una cruda realidad que nos abofetea cotidianamente. Sus consecuencias son el subdesarrollo y la dependencia. La liberación nacional es un clamor de los pueblos y, en su consecución, el arduo camino está saturado de muertos, presos y torturados.

La Guerra de Independencia, después de tres siglos de colonialismo español, empezó con las luchas liberadoras de los pueblos originarios y en los alzamientos de los esclavos traídos de África. El espíritu libertario de sus jefes renace en el de los libertadores. Para entender la espera de los poetas por el regreso de Bolívar, es necesario comprender en su justa y heroica dimensión el grito de Túpac Catari, al momento de ser descuartizado por los españoles, en 1781: «¡Volveré convertido en millones!».

Y volvió. Y hoy gobierna en Bolivia. Regresó cuando despertó su pueblo. La metáfora se resuelve en las luchas de los pueblos contra cualquier forma de dominación.

Los poetas echan mano del recurso retórico con el que logren expresar mejor el contenido de sus poemas. La forma se funde con el fondo porque la poesía no tolera incoherencia entre lo que se dice y cómo se dice. Se trata de un género integral e integrador. Huidobro recurrió a la alegoría; Pablo Neruda a la paráfrasis del Padre Nuestro; Miguel Ángel Asturias al Credo; Mahfud Massís a la oración; Ana María Iza a la epístola. Escribirle a Bolívar, sin sacralizarlo, exige todos estos recursos y los mismos no se agotan en sí mismos.

En cuanto a la espera poética del Libertador, Pablo Neruda, con conocimiento de la historia de las luchas populares, no espera milagros ni le clama a la Providencia. La voz de Bolívar en la voz del poeta nos dice: «Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo».

Pueden ser más años, pueden ser menos. Es la toma de conciencia de los pueblos lo que determinará su despertar. Y cuando ello ocurre, el espíritu bolivariano y el ideario del Libertador están allí. Que nadie se engañe. La unidad de los líderes y el pueblo es dialéctica. Un líder sin pueblo no llega muy lejos. Un pueblo sin conductor (o conductores) tampoco. José Martí, en su artículo «Gran Héroe»,

expresa: «Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando se cansa su pueblo».

Los hombres que no se cansan son los que llegan a ser líderes y, en muchos casos, héroes. Son los imprescindibles a los que alude Bertolt Brecht en su citado y recitado poema. Son los que siguen presentes después de su muerte física. Neruda espera el regreso del Libertador convertido en el pueblo que despierta.

El pueblo no espera a Bolívar pasivamente. Ni Bolívar salió tras los pasos de Ulises. El poeta J. A. de Armas Chitty, escribió en su poema «Bronce»:

La patria se incorpora y resplandece.
El héroe es soledad, como Odiseo,
y Caracas, Penélope, sombría y taciturna,
enhebra y desenhebra su paño de viglias.

En la soberanía del poema, para el poeta, esto es así. Para la historia, ni Bolívar fue Odiseo, ni mucho menos la combativa Caracas fue una paciente, estoica y tejedora Penélope. Por eso nuestro Himno Nacional nos dice: «Seguid el ejemplo que Caracas dio». El ejemplo del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811. Nadie tejía.

II

Tú eres con nosotros

El iris que colocaste en la cumbre del Chimborazo relampagueó, trémulo, en los cielos de América y se posó sobre el Guaraira Repano. En los pueblos que despiertan, tu semblanza hecha destello los cruza y se queda palpitante en el rostro de los combatientes, como una centella atónita. A tu paso se inclinan los volcanes, las cordilleras, los océanos, los ríos, el trueno de Boyacá y la tempestad de Carabobo. Has oído a los poetas visionarios que te invocan. Has escuchado el grito de los jóvenes que te llaman con urgencia. Has visto tu nombre en los grafitis que estremecen los paredones, las aceras anónimas, las paredes descascaradas, las noches baldías, ahora atravesadas por

el inquieto rayo de tus ojos. Las estrellas titilan al garrido trotar de los *esqueletos heroicos* que en un recodo de la Historia, avistó Vicente Huidobro. Los poetas te cantaron o rezaron, en alegorías, oraciones, Padre Nuestro, Credo, epístolas, odas y elegías. Ellos te esperan o esperan que lo lleves adonde espera tu espada libertaria y libérrima. El amanecer abate las sombras que oscurecen América. Los caminos se entrecruzan y desde los cruces de caminos sabios ancianos de pueblos ancestrales te saludan. Y lo hacen también millones de pañuelos y rosas rojas de mujeres heroicas. Tu caballo es seguido por legiones de jinetes guiados por una Coronela, hoy Generala de los ejércitos del Sur. De ese Sur que también existe en la realidad y en el canto de Mario Benedetti. Deshaces tu laberinto y sales en busca de tu pueblo, los pueblos que te esperan en su decidido despertar. Más allá y más acá del mar, todos los lugares donde araste se hicieron tierra fértil, vergel y semillas de libertad. ¡Ay de los que tomaron tu nombre en vano! El sol de Ayacucho te ilumina, la voz de Colombia te llama, sales de tu delirio, vuelves a ser hombre y retomas, Libertador, tu lugar en la batalla. Atraviesas las noches con espada de vidrio y arco iris. El Señor de la victoria es contigo y tú eres con nosotros, hoy, mañana y siempre... Por los siglos de los siglos de esta América, donde fulguraron los relámpagos perpetuos del Chimborazo.

BIBLIOGRAFÍA

ESPECÍFICA

Nota: Como señalamos en el inicio de este ensayo, la antología de Jaime Tello nos sirvió de guía para el estudio de aquellos poetas que han dedicado sus letras al Libertador Simón Bolívar. A continuación detallamos los datos bibliográficos de la citada antología y seguidamente, el nombre de los poetas estudiados y el número de la página en que aparecen.

TELLO, Jaime (1983). *Los poetas a Bolívar*. Instituto Venezolano de los Seguros Sociales, Caracas.

- Arvelo Torrealba, Alberto (p. 61)
- Asturias, Miguel Ángel (pp. 127,130)
- Aymará, Dionisio (p. 4)
- Carranza, María Mercedes (p. 1)
- Darío, Ruben (p. 147)
- Huidobro, Vicente (p. 112)
- Iza, Ana María (p. 2)
- Massís, Mahfud (p. 41)
- Neruda, Pablo (p. 66)
- Otero Silva, Mguel (p. 60)

También se comentan en la antología de Tello los siguientes poetas:

- Arvelo Larriva, Enriqueta (p. 71)
- Blanco Fombona, Rufino (p. 143)
- Gabaldón Márquez, Joaquín (p. 57)
- Guido y Spano, Carlos (p. 161)
- Hereda, José María (p. 174)
- Ibarbourou, Juana de (p. 106)
- Lamarche, J. B. (p. 109)

- Maitín, José Antonio (p. 165)
 Pérez, Udón (p. 145)
 Rivero, Pedro (p. 119)
 Schmidke, Jorge (p. 126)
 Silva, José Asunción (p. 150)
 Vela, Pablo (pp. 120, 125)
 Zerpa, Julio (p. 56)

GENERAL

- ARAUJO, Orlando (1974). *Contrapunteo de la vida y de la muerte*, Ediciones En la Raya, Caracas.
- BOLÍVAR, Simón (2009). *Antología*, Minci, Colección Palabras Esenciales, Caracas.
- BRITTO GARCÍA, Luis (1988). *Las máscaras del poder. Del gendarme necesario al demócrata necesario*, Alfadil - Trópicos, Caracas.
- _____ (2012). *El verdadero rostro del Libertador*, Disponible en: www.aporrea.org/actualidad/al47949.html.
- JIMÉNEZ EMÁN, Gabriel (2014). *Gustavo Pereira: Los cuatro horizontes de una poética*. Ediciones Fábula. Coro, Venezuela.
- LUKÁCS, Georg (1976). *El alma y las formas (y) La Teoría de la novela*, Ediciones Grijalbo, Barcelona.
- MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, Alexis (1966). *Aquellos mundos tersos. Análisis de la poesía de Alberto Arvelo Torrealba*, Editorial Arte, Caracas.
- PICÓN SALAS, Mariano (1966). *Suma de Venezuela*, Editorial Doña Bárbara, Caracas.
- PRIMERA, Alí (1992). *Que mi canto no se pierda*, Euroamericana de ediciones, Caracas.
- PEREIRA, Gustavo (2014). «El Desterrado». *Lartillería*. Suplemento dominical. *Correo del Orinoco*. N.º 218. Año 2, Caracas.
- _____ (2005). *Juramento de Monte Sacro*, Fundación Defensoría del Pueblo, Caracas.
- _____ (2007). *El joven Bolívar*, Fundación Defensoría del Pueblo, Caracas.
- RENGIFO, César (2011). *Esa espiga sembrada en Carabobo*, Fondo Editorial Fundarte, Caracas.

- SILVA, Ludovico (1970). *La plusvalía ideológica*, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- VALDÉS VIVÓ, Raúl (2008). *Las dos vidas de Bolívar*, Fundación Editorial El Perro y la Rana, tomo II, Caracas.

ÍNDICE

Pre-excusa	5
Más acá del Chimborazo	7
Vicente Huidobro: El alba descorrida	11
Pablo Neruda: Roja será la rosa	17
Rubén Darío: La espada de fuego	25
Miguel Ángel Asturias: La lucha que no acaba	29
Miguel Otero Silva: La sombra que da vida	35
Alberto Arvelo Torrealba: Labranza de pueblos	41
Mahfud Massís: Una sombría sombra desolada	47
Dionisio Aymará: Fulgor y sangre	53
María Mercedes Carranza: Y si de pronto la lluvia	59
Ana María Iza: El sur del dolor	63
Alí Primera: Vamos a su encuentro	67
César Rengifo: La espiga en Carabobo	71
Tres majaderos y un delirio	75
Escribirle a Bolívar	81
Epílogo	87
Bibliografía	91

La espada sobre fuego

Se imprimió en el mes de noviembre de 2020
en los talleres de la
FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela
Son 5000 ejemplares

LA ESPADA SOBRE EL FUEGO

Con esta obra ensayística, Earle Herrera se enfrasca en el «arriesgado» análisis de un conjunto de obras de poetas tan grandes y disímiles como Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Rubén Darío, Miguel Otero Silva y Miguel Ángel Asturias, entre otros, todas con un denominador común: tener al Libertador Simón Bolívar como fuente de inspiración. Tomando como sustrato el libro *Los poetas a Bolívar*, compilado por el crítico literario y escritor Jaime Tello, más que analizarlos, Herrera nos conduce de la mano por una vibrante lectura comentada de cada uno de estos poemas y sus particulares maneras de invocar al Libertador, que nos permitirá, según sus propias palabras: «mirar a Simón Bolívar desde los poetas, pero en diálogo permanente con la historia y la política, incluso, con las paredes que estallan consignas».

EARLE HERRERA

(San José de Guanipa, estado Anzoátegui, 1949). Licenciado en Comunicación Social de la UCV, casa de estudios en la que se desempeñó como profesor, investigador y subdirector de la escuela de donde egresó. Doctor en Ciencias de la Información, mención Cum Laude, Universidad de La Laguna, España. Cuatro veces se ha hecho acreedor del Premio Nacional de Periodismo. Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal (Poesía) y Premio Conac de Narrativa. Locutor, cronista, articulista de opinión, diputado, periodista, poeta, narrador, ensayista. Por su trayectoria académica en la docencia, extensión e investigación, la UCV lo distinguió con la Orden José María Vargas en primera clase. Ha sido diputado a la Asamblea Nacional y a la Asamblea Nacional Constituyente.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura